

# LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII  
N.º 307

BUENOS AIRES, 17 DE JUNIO DE 1929

El ejemplar  
20 Centavos

C. PORTE PAGO



Este número contiene: "Entre Campesinos", por ERRICO MALATESTA—"Los anormales del carácter" en las escuelas y en los reformatorios", por D. R. DE VERA—"La esclavitud voluntaria", por LA BOETIE

## La juventud de un viejo folleto

El pequeño folleto "Entre campesinos", por Errico Malatesta, es una de las obras maestras de la literatura anarquista. No podríamos hacer ya un resumen de las ediciones que ha tenido en todos los idiomas en el curso de casi medio siglo de circulación incesante. No podríamos siquiera hacer un resumen de las ediciones que vieron la luz solamente en la Argentina. Incluso nos costaría bastante trabajo dar el detalle de las veces que "Entre campesinos" ha sido reimpresso por LA PROTESTA. Lo que sí decimos es que raramente se han hecho en nuestra editorial ediciones tan numerosas y tirajes tan grandes como el del célebre folleto. Desde hace un par de años tenemos agotada una quinta edición (lo que no quiere decir que sea esa realmente la quinta) y los pedidos de los compañeros de todo el país no cesan. Haremos en breve, pues, un nuevo tiraje, para poder satisfacer la continua demanda; sin embargo, hemos querido reproducir esas páginas preciosas en esta revista, porque tienen el sabor de un trabajo concienzudo y modelo de sencillez hecho ayer mismo.

Nos ha incitado otra razón más a reimprimir en esta revista el famoso folleto de Malatesta: pensamos que los militantes, los anarquistas que tanto interés tienen en divulgarlo, lo leen menos de lo que debieran hacerlo. Ningún compañero, por familiarizado que esté con las ideas, perdería completamente el tiempo releyendo "Entre campesinos"; al contrario, sacaría siempre alguna sugestión y algún estímulo nuevo.

En líneas generales, en menos páginas no se podría responder a tantos interrogantes, y sobre todo no se podría responder de modo más convincente y persuasivo.

Por otra parte, aspiramos a convertir esta revista en el archivo más completo de la literatura libertaria, antigua y moderna. Por eso creemos que las reproducciones de nuestras obras famosas ocupan dignamente el puesto, y con muchísimas ventajas, de lo que podríamos seguir argumentando hoy en favor de nuestras ideas. No desconocemos la infinidad de aplicaciones que puede tener la anarquía en la vida total de los individuos y de los pueblos, y no creemos ir del todo a la retaguardia en cuanto a insinuaciones y sugestiones se refiere, pero la unión de las nuevas inquietudes y necesidades con los productos intelectuales clásicos del anarquismo nos parece la mejor garantía de vitalidad y de apego a las afirmaciones básicas de la doctrina de la libertad. Nos esforzamos según nuestras fuerzas modestas por dar a la anarquía su máxima eficiencia, pero no queremos abandonar la brújula del ideal. Con eso manifestamos nuestra voluntad de progreso revolucionario, teórico y práctico, pero no al margen, no fuera, sino dentro del anarquismo.

Preparamos números sucesivos del Suplemento sobre temas diversos, reproducciones integrales de libros que no están al alcance, por el idioma o por el precio, de todos los lectores, estudios completos sobre asuntos diversos y confiamos que ese material de estudio que ofrecemos a los anarquistas y a los simpatizantes será leído con el interés que merece.

Pero insistimos como siempre en la necesidad de que se nos ayude buscando nuevos suscriptores, nuevos lectores y proporcionando a la revista una mayor difusión. Sólo así estaremos en condiciones de cumplir nuestro cometido.

ERRICO MALATESTA

## ENTRE CAMPESINOS

(Edición revisada por el autor)

*Pepe.* — ¡Hola! ¿Tú por aquí? hace mucho que habría querido hablarte y estoy contento por haberte encontrado... Jorge ¡cuánto me das que pensar! Cuando estabas en el pueblo eras un buen muchacho, el mejor de los jóvenes de tu edad. ¡Oh, si viese tu padre!

*Jorge.* — Pepe, ¿por qué me hablas así? ¿Qué es lo que he hecho para merecer esos reproches? ¿y por qué habría debido estar mi padre descontento de mí?

*Pepe.* — No te ofendas de mis palabras, Jorge, soy viejo y hablo por tu bien. Y además era tan amigo del viejo Andrés, que al verte por un mal camino me desagrada como si fueses mi hijo, tanto más cuanto que pienso en las esperanzas que tu padre ponía en tí, y en los sacrificios que ha hecho para dejarte un nombre sin mancha.

*Jorge.* — ¿Pero qué es lo que dices, Pepe? ¿No soy quizá un trabajador honesto? No he hecho nunca mal a nadie, al contrario, y disculpa que lo diga, he hecho siempre el poco bien que he podido; ¿por qué habría de avergonzarse mi padre de mí? Hago todo lo posible por instruirme y mejorar me; trato, con mis compañeros, de remediar los males que me afligen a mí, que te afligen a tí y que afligen a todos: por tanto, querido Pepe ¿en qué he merecido esos reproches?

*Pepe.* — ¡Ah!, ¡ah! así te quería. Sé bien que trabajas, que ayudas al prójimo, que eres un muchacho honrado; lo dicen todos en el pueblo. Pero mientras tanto has estado preso más de una vez; dicen que los gendarmes te vigilan, y que solamente por estar contigo en la calle, se pasan malos ratos... ¿Quién sabe si yo mismo no me comprometeré ahora... pero te quiero mucho y te hablo a pesar de todo. Vamos, Jorge, escucha el consejo de un viejo: deja que hagan política los señores, ya que ellos no tienen nada que hacer; piensa en trabajar y en hacer el bien. Así vivirás tranquilo y en gracia con Dios; de lo contrario perderás el alma y el cuerpo. Oyeme, deja a los malos compañeros, porque, como se sabe, son ciles los que desvían a los pobres muchachos.

*Jorge.* — Pepe, créeme, mis compañeros son todos jóvenes de bien; el pan que llevan a la boca les cuesta lágrimas y sudor. Deja que los patrones hablen mal de ellos, pues quisieran chuparnos hasta la última gota de sangre, y luego dicen que somos una canalla si nos permitimos aunque no sea más que murmurar, y gente de presidio si procuramos

mejorar nuestra posición y sustraernos a su tiranía. Yo y mis compañeros hemos estado en la cárcel, es verdad, pero hemos estado allí por la causa justa: volveremos todavía y quizá nos ocurra algo peor, pero será por el bien de todos, será por destruir tantas injusticias y tanta miseria. Y vosotros, que habéis trabajado toda la vida y habéis sufrido también el hambre, y que cuando no podáis trabajar más tal vez tendréis que ir a morir a un hospital, no deberíais uniros con los señores y con el gobierno para caer contra quien trata de mejorar la condición de la gente pobre.

*Pepe.* — Hijo mío, sé bien que el mundo ya mal; pero querer arreglarlo es como querer enderezar las patas a los perros. Tomémoslo como viene y roguemos a dios que no nos falte por lo menos el puchero. Siempre hubo ricos y pobres y nosotros, que hemos nacido para trabajar, debemos trabajar y contentarnos con lo que dios nos manda; si no perdemos la paz y la honra.

*Jorge.* — ¡Vuelta con la honra! Los señores que nos lo han quitado todo, después que nos han obligado a trabajar como bestias para ganar un pedazo de pan, mientras ellos con nuestros sudores viven sin hacer nada bueno, en las riquezas y en la crápula, dicen luego que nosotros, para ser hombres honrados, debemos soportar voluntariamente nuestra posición y verlos engordar a nuestras espaldas sin quejarnos siquiera. Si en cambio nos recordamos de que también nosotros somos seres humanos, y que el que trabaja tiene derecho a comer, entonces somos malos; los gendarmes nos llevan a la cárcel y los curas por añadidura nos mandan al infierno.

Escúchame, Pepe, tú que eres un trabajador y no has chupado nunca la sangre del semejante. Los verdaderos bandidos, las gentes sin honor son los que viven de prepotencia, los que se han apoderado de todo lo que hay bajo el sol y los que a fuerza de padecimientos han reducido al pueblo a la situación de un rebaño de ovejas que se deja esquilarse y matar tranquilamente. ¿Y vosotros os ponéis con los amos para caer contra nosotros? No basta que tengan de su parte el gobierno, el cual, estando formado por señores y para los señores, no puede menos de apoyarlos: es preciso por tanto que nuestros mismos hermanos, los trabajadores, los pobres, se pongan en contra nuestra porque queremos que tengan pan y libertad.

¡Oh! si la miseria, la ignorancia forzosa, el hábito

contraído en siglos de esclavitud, no explicasen este hecho doloroso, diría que no tienen honor y dignidad aquellos pobres que apuntalan a los opresores de la humanidad, y no nosotros, que ponemos en peligro este misero pedazo de pan y este fragmento de libertad, para llegar al punto en que todos estemos bien.

Pepe. — Sí, sí, todo eso está bien; pero sin el temor de dios no se hace nada bueno; he oído hablar a aquél santo varón que es nuestro párroco, el cual dice que tú y tus compañeros sois una banda de excomulgados; he oído decir al señor Antonio, que ha estudiado y lee siempre los periódicos, qué sois o bien locos o bien bandidos, que quisierais comer y beber sin hacer nada, y que en lugar de hacer el bien de los trabajadores, impedís a los amos arreglar las cosas lo mejor que se puede.

Jorge. — Pepe, si queremos razonar, dejemos en paz a dios y a los santos; porque, como ves, el nombre de dios sirve de pretexto y medio para todos los que quieren engañar y oprimir a sus semejantes. Los reyes dicen que dios les ha dado el derecho a reinar, y cuando dos reyes se disputan un país, los dos pretenden ser enviados de dios. Luego dios da siempre la razón al que tiene más soldados y mejores armas. El propietario, el usurero, el especulador, todos hablan de dios; y representantes de dios se dicen el sacerdote católico, el protestante, el hebreo, el turco, y en nombre de dios se hacen la guerra; y tratan cada cual de llevar el agua para su molino. Del pobre no se encarga nadie. Al oírlos parece que dios se lo ha dado todo a ellos, y que a nosotros nos habría condenado a la miseria y al trabajo. El paraíso es para ellos en este mundo y en el otro; para nosotros existe el infierno en esta tierra, y el paraíso solamente en el mundo del más allá si hemos sido esclavos sumisos... y si queda puesto.

Oye, Pepe: en asuntos de conciencia yo no quiero entrar y cada cual es libre de pensar lo que quiera. Por mi cuenta, no creo en dios ni en las historias que nos cuentan los curas, porque quien las cuenta tiene un interés un poco excesivo en ellas; y porque existen muchas religiones cuyos sacerdotes pretenden ser los que dicen la verdad, no dando pruebas. También yo podría inventar un mundo de fábulas y decir que el que no me crea y no me obedezca será condenado al fuego eterno. Me trataréis de impostor; pero si tomase a un niño y le dijese siempre lo mismo sin que nadie le dijese nunca lo contrario, al llegar a grande creería en mí, lo mismo que vosotros creéis en el párroco.

Pero en resumen, eres libre de creer lo que te parezca, pero no vengas a contarme que dios quiere que trabajes y sufras hambre, que tus hijos crezcan débiles y enfermizos por falta de pan y cuidados, y que tus hijas deban estar expuestas a convertirse un día en queridas del perfumado patroncito, porque entonces diré que ese dios es un asesino. Si dios existe, no ha dicho a nadie lo que quiere. Pensemos por consiguiente en hacer en este mundo el bien nuestro y el de los demás; si hubiese un dios en el otro mundo y fuese justo, nos encontraremos siempre mejor si hemos combatido por hacer el bien,

que si hemos hecho sufrir o hemos permitido que otros hicieran sufrir a los hombres, los cuales, según el párroco, son todos criaturas de dios y hermanos nuestros.

Y por otra parte, créeme: hoy que eres pobre, dios te condena a las privaciones; si mañana consigieras de un modo cualquiera, incluso con la acción más censurable, reunir mucho dinero, adquirirías de inmediato el derecho a no trabajar, a pasear en coche, a maltratar a los campesinos, a atentar contra el honor de las pobres muchachas... y dios dejaría hacer como deja hacer a tu amo.

Pepe. — ¡La virgen! desde que aprendiste a leer y a escribir y te tratas con la gente de la ciudad has reunido tanta habilidad para hablar que enredarías a un abogado. Y si he de decirlo francamente, has dicho cosas que me han dejado una cierta comezón... ¡Imagínate!: mi Rosina, que ha crecido, tiene un joven pretendiente que la quiere mucho; pero tú comprendes, somos gente pobre; habría necesidad de una cama, de un poco de ropa, y algún dinero para abrirle un bolichito, pues es cerrajero, y si pudiera librarse de estar bajo el patrón que le hace trabajar por una miseria, podría sacar adelante la familia que formará. El amo podría adelantarme algo, que yo le repondría poco a poco. Pues bien, ¿lo crees? cuando le hablé, respondió, riendo a carcajadas, que esas son obras de caridad de que se ocupa su hijo; y el hijo del amo en efecto ha ido a vernos, ha visto a Rosina, le acarició las mejillas y dijo que justamente tenía listo un ajuar que había hecho para otra y que Rosina debía ir personalmente a recibirlo. Y en sus ojos brillaron ciertos deseos que casi me hacen cometer una barbaridad... ¡Oh!, si mi Rosina... pero dejemos estos pensamientos.

Soy viejo y sé que este es un mundo infame; pero esta no es una razón para hacer también de pillos. En pocas palabras: ¿es verdad o no que queréis quitar los bienes a quien los posee?

Jorge. — Bravo, así te quiero. Cuando querrais saber algo que interesa a los pobres, no lo preguntéis jamás a los amos, los cuales no os dirán nunca la verdad, porque nadie habla contra sí mismo. Y si queréis saber lo que quieren los anarquistas, preguntádmelo a mí y a mis compañeros, no al párroco, o al señor Antonio. Y cuando el cura habla de estas cosas, preguntadle por qué vosotros que trabajáis coméis un pobre pucheró, cuando lo hay, y él, que pasa todo el día sin hacer nada, con un dedo dentro de un libro cerrado, come buenos manjares y capones junto a su... sobrina; preguntadle por qué se la pasa siempre con los amos y sólo viene hacia vosotros cuando tiene que pedir algo; preguntadle por qué da razón siempre a los amos y a los gendarmes, y por qué, en lugar de quitar a los pobres el pan de la boca con el pretexto de rogar por las almas de los muertos, no se pone a trabajar para ayudar un poco a los vivos, en lugar de vivir a expensas de los demás. Y al señor Antonio, dado que es un joven robusto, que ha estudiado, y que pasa su tiempo jugando en el café y haciendo enredos en el municipio, decidle que antes de hablar de nosotros, se-

ría bueno que dejase de hacer de vagabundo y que aprendiese un poco lo que es el trabajo y lo que es la miseria.

Pepe. — Sobré esto tienes todas las razones, pero volvamos a nuestro pensamiento. ¿Es verdad o no que queréis apoderaros de los bienes ajenos?

Jorge. — No es verdad; nosotros no queremos quitar nada a nadie; pero queremos que el pueblo tome los bienes de los señores, los bienes a quien los tiene, para ponerlos en común para todos.

Al hacer esto el pueblo no quitaría nada a los demás, sino que entraría simplemente en posesión de lo que es suyo.

Pepe. — ¿Cómo es eso? ¿Es que son nuestros los bienes de los amos?

Jorge. — Ciertamente: son bienes nuestros, son bienes de todos. ¿Quién ha dado esas riquezas a los señores? ¿cómo han hecho para ganárselas? ¿qué derecho tenían a posesionarse de ellos y qué derecho tienen a conservarlas?

Pepe. — Se las han dejado sus antepasados.

Jorge. — ¿Y quién las dió a sus antepasados? ¿Cómo! algunos hombres más fuertes y más afortunados se posesionaron de todo lo que existe, obligaron a los otros a trabajar para ellos y, no contentos con vivir ellos en el ocio, oprimiendo y condenando, al hambre a la gran masa de sus contemporáneos, dejaron a sus hijos y a los hijos de sus hijos las riquezas que habían usurpado, condenando a toda la humanidad futura a ser esclava de sus descendientes, los cuales, enflaquecidos por el ocio y por el hecho de poder hacer todo lo que quieren sin dar cuenta a nadie, si no lo tuviesen todo a mano, y quisieran ahora arrancárnoslo por la fuerza como hicieron sus padres, nos causarían verdaderamente piedad.

¿Y a tí te parece justo todo esto?

Pepe. — Si se tomaron los bienes por la fuerza, entonces no. Pero dos señores dicen que sus riquezas son el fruto del trabajo, y no me parece que esté bien el quitar a uno lo que ha producido con sus esfuerzos.

Jorge. — ¡Eso es, siempre la misma historia! Los que no trabajan y no han trabajado nunca, hablan siempre en nombre del trabajo.

Ahora, cómo se produce y quien ha producido la tierra, los metales, el carbón, las piedras y otras cosas semejantes. Estas cosas, las haya hecho dios o existan por obra espontánea de la naturaleza, lo cierto es que todos, al venir al mundo, las hemos encontrado; por tanto deberían servir para todos. ¿Qué dirías si los amos se quisieran apoderar del aire para aprovecharlo ellos y darnos a nosotros sólo una pequeña parte y de la más maloliente, haciéndonos pagar con sacrificios y sudores? La única diferencia entre la tierra y el aire es que han hallado para la tierra el modo de apoderarse de ella y dividirla entre ellos, y para el aire no; pues si encontrasen el medio, harían con el aire lo que han hecho con la tierra.

Pepe. — Es verdad; esta me parece una razón justa; la tierra y todo lo que no ha hecho nadie, deberían ser de todos... Pero no todas las cosas se han encontrado bellas y listas.

Jorge. — Ciertamente, hay muchísimas cosas que han sido producidas por el trabajo del hombre, la tierra misma no tendría sino poco valor de no haber sido desmontada y abonada por la obra humana. Y bien, esas cosas deberían por justicia pertenecer a quien las ha producido. ¿Por qué milagro se encuentran precisamente en manos de aquellos que no hacen nada y que no han hecho nunca nada?

Pepe. — Pero los amos dicen que sus antepasados han trabajado y ahorrado.

Jorge. — Y deberían decir, en cambio, que sus antepasados han hecho trabajar a los demás sin pagarles, lo mismo que se hace ahora. La historia nos enseña que las condiciones del trabajador han sido siempre miserables y que, lo mismo que ahora, el que ha trabajado sin explotar a otros, no sólo no ha podido hacer nunca economías, sino que no ha tenido siquiera bastante para aplacar el hambre.

Observa los ejemplos que tienes ante los ojos: todo lo que producen los trabajadores de mano en mano ¿no va quizá a manos de los patrones que se contentan con mirar?

Hoy uno compra por poco dinero una parcela inculta y pantanosa; pone allí hombres a quienes apenas da lo necesario para que no se mueran de hambre de golpe, y queda en el ocio de la ciudad. Después de algunos años aquel pedazo inútil de tierra se ha convertido en un jardín y vale cien veces más de lo que valía al comienzo. Los hijos del amo, que heredarán ese tesoro, dirán que disfrutap por los sudores de su padre y los hijos de los que han trabajado y sufrido realmente continuarán trabajando y sufriendo. ¿Qué te parece?

Pepe. — Pero si verdaderamente, como tú dices, el mundo ha marchado siempre como ahora, no hace falta decirlo, a los amos no les correspondería absolutamente nada.

Jorge. — Pueb bien, quiero suponer todo a favor de los amos. Dejemos sentado que los propietarios fuesen todos hijos de gente que ha trabajado y ahorrado y los trabajadores hijos todos de hombres holgazanes y malgastadores. Ten presente que es un absurdo lo que digo, pero sin embargo, aunque las cosas estuviesen así ¿habría por eso tal vez mayor justicia en la actual organización social? Si tú trabajas y yo hago de vagabundo, es justo que sea castigado por mi holgazanería; pero no es justo por esto que mis hijos, que podrán ser buenos trabajadores, tengan que reventar de cansancio y morir de hambre para mantener a tus hijos en el ocio y en la abundancia.

Pepe. — Cosas son esas en las que no puedo menos que darte la razón; pero entre tanto los señores poseen los bienes, y al fin y al cabo debemos darles las gracias, porque sin ellos no se podría vivir.

Jorge. — Sí; poseen los bienes porque los han obtenido con la violencia y los han aumentado apropiándose el fruto del trabajo de los demás. Pero del mismo modo que nos los han quitado, pueden de-

jarlos. Hasta hoy en el mundo los hombres se han hecho la guerra unos a otros; han buscado el modo de quitarse el pan de la boca y cada uno ha hecho lo

posible para someter a su semejante y servirse de él como una bestia. Pero ya es tiempo de que esto concluya. En hacernos la guerra no ganamos nada; el hombre, precisamente, sólo ha ganado miseria, esclavitud, crímenes, prostitución y, además, de tanto en tanto, alguna de esas sangrias llamadas guerras o revoluciones. Si, al contrario, nos pusieramos de acuerdo, amándonos y ayudándonos los unos a los otros, no existirían tantos males, no habría quien tuviera mucho y otros poco, y se buscaría la manera de estar todos lo mejor posible.

Sé bien que los ricos, que se han habituado a mandar y a vivir sin trabajar, no querrán saber nada cuando se trate de cambiar de sistema. Veremos lo que dicen. Si quisieran comprender, por las buenas o por miedo, que el odio y la superioridad entre los hombres no deben existir y que todos deben trabajar, tanto mejor; pero si, por el contrario, quieren continuar gozando del fruto de la violencia y del robo de sus antepasados, entonces la solución es fácil. Por la fuerza ellos se han apropiado de todo lo que existe; pues por la fuerza nosotros se lo quitaremos. Si los pobres se ponen de acuerdo, ellos son los más fuertes.

*Pepe.* — Pero, entonces, cuando no hubiera ya más señores, ¿cómo haríamos para vivir? ¿quién nos daría trabajo?

*Jorge.* — ¡Parece imposible! ¿cómo? lo estáis viendo todos los días, sois vosotros quienes caváis, sembráis, segáis, trilláis y lleváis el grano al granero; sois vosotros quienes hacéis el vino, el aceite, el queso, ¿y me preguntas cómo haríais para vivir sin los señores? Preguntá más bien, cómo vivirían ellos si no fuésemos nosotros, pobres imbéciles, trabajadores del campo y de la ciudad, que somos los que les alimentamos, vestimos y... suministramos nuestras hijas para que puedan divertirse.

Hace poco querías agradecer a los amos porque nos dan con qué vivir. ¿No comprendes que son ellos los que viven de nuestros esfuerzos y que cada pedazo de pan que se llevan a la boca es quitado a nuestros hijitos? ¿qu todo regalo que hacen a sus mujeres representa el hambre, la miseria, el frío, tal vez la prostitución de las mujeres nuestras?

¿Qué es lo que producen los señores? Nada. Por consiguiente todo aquello que consumen es quitado a los trabajadores.

Figúrate que mañana desaparecieran todos los trabajadores del campo; no habría quien trabajase la tierra y se morirían de hambre; si desaparecieran los zapateros, no se harían más zapatos; si desaparecieran los albañiles, no se podrían hacer casas, y así en todos los demás ramos; por cada clase de trabajadores que faltara, se suspendería un ramo de producción, y el hombre tendría que privarse de objetos útiles y necesarios.

¿Pero qué daño sufriríamos si desapareciesen los señores? Sería como si desapareciese la langosta.

*Pepe.* — Sí, está muy bien; nosotros producimos todo; pero ¿cómo hago para producir el grano si no tengo tierras, ni animales, ni semillas? Vamos, te digo que no hay manera de arreglarlo; por fuerza hay que estar sujeto a los amos.

*Jorge.* — Pero, Pepe, ¿nos entendemos o no? Me parece que ya lo he dicho; necesitamos desposeer a los amos de todo aquello que sirve para trabajar y vivir: la tierra, los instrumentos, las semillas y todo lo demás.

Sé muy bien que mientras la tierra y los instrumentos de trabajo pertenezcan a los amos, el trabajador estará sujeto siempre y no tendrá más que esclavitud y miseria. Por eso, y retenlo bien en la memoria, lo primero que habrá que efectuar es quitar los bienes a los señores; si no el mundo no se arregla.

*Pepe.* — Tienes razón; ya me lo habías dicho. Pero, ¿qué quieres? Son cosas esas tan nuevas para mí, que no acabo de comprenderlas. Explicame un poco cómo quisieras arreglarlo. Estos bienes que se quitarían a los señores, ¿qué haríamos de ellos? Nos los repartiríamos a tanto para cada uno ¿verdad?

*Jorge.* — No; antes al contrario, cuando oigas decir que nosotros queremos repartir, que nosotros queremos la mitad y otras cosas por el estilo, ten en cuenta que quien lo dice es un ignorante o un bribón.

*Pepe.* — Pues entonces, ¿qué haríamos? Yo no comprendo nada de ello.

*Jorge.* — Y sin embargo, no es difícil; nosotros lo que queremos es ponerlo todo en común.

Nosotros partimos de este principio: que todos deben trabajar y todos deben estar lo mejor posible. En este mundo, sin trabajar no se puede vivir; por eso si uno no trabajase, debería vivir del trabajo de los demás, lo que al mismo tiempo que es injusto, es dañoso. Se entiende que, cuando digo que todos deben trabajar, me refiero a todos los que pueden y por lo que puedan. Los inútiles, los impotentes, los viejos, deben ser mantenidos por la sociedad, porque es un deber humano no hacer sufrir a nadie, y, además, que todos seremos viejos un día, e inválidos e inútiles podemos serlo de un momento a otro, tanto nosotros como los de nuestra familia.

Ahora, si reflexionas, bien verás que todas las riquezas, o sea todo lo que existe de útil para el hombre, puede dividirse en dos partes. Una parte, — que comprende la tierra, las máquinas y todos los instrumentos de trabajo, el hierro, la madera, las piedras, los medios de transporte, etc. — es indispensable para trabajar y debe ser puesta en común para servir a todos como instrumentos o materias de trabajo. Referente al modo de trabajar después, es una cosa que ya veremos. Lo mejor sería trabajar en común, porque así con menos fatiga se produce más; es casi cierto que el trabajo en común se adoptará en todas partes, porque para trabajar cada uno aisladamente necesitaría renunciar a la ayuda de las máquinas, que reducen el trabajo a cosa fácil y gustosa, y además, porque cuando los hombres no tengan que disputarse el pan que se llevan a la boca, y, por consiguiente, no estén como perro y gato, encontrarán más placer en estar reunidos y hacer el trabajo en común. De cualquier modo, hasta si en un lugar la gente quisiera trabajar aisladamente, libre será de hacerlo. Lo esencial es que nadie viva sin trabajar, obligando a los demás a que trabajen por su cuenta, y esto no podrá suceder ya, porque teniendo ca-

da uno derecho a lo que sirve para trabajar, ninguno querrá ciertamente trabajar por cuenta de los demás.

La otra parte comprende las cosas que sirven directamente al consumo del hombre, como alimentos, vestidos y casas. Todas estas cosas, las que ya existen, deben ser puestas inmediatamente en común y distribuidas de modo que se pueda esperar hasta la nueva cosecha y a que la industria haya producido nuevos productos. Todas aquellas cosas que se produzcan después de la revolución, cuando ya no existan amos ociosos que vivan del esfuerzo de los trabajadores hambrientos se distribuirán según la voluntad de los trabajadores de cada país. Si éstos quieren trabajar en común y poner lo que produzcan también en común, tanto mejor: entonces se buscará el medio de regular la producción y el consumo, de manera que puedan satisfacerse las necesidades de todos, como para que tienda a asegurar a todos el máximo disfrute posible y todo está dicho con eso.

O si no, se tendrá en cuenta lo que cada uno haya producido, para que pueda tomar la cantidad de objetos equivalente a su producto. Es un cálculo bastante difícil, que creo hasta imposible; pero esto quiere decir que cuando se vean las dificultades de la distribución proporcional, se aceptará más fácilmente la idea de ponerlo todo en común.

De cualquier modo, será necesario que las cosas de primera necesidad, como el pan, las casas, el agua y otras semejantes, se aseguren para todos independientemente de la cantidad de trabajo que cada uno pueda efectuar. Sea cual fuere la organización adoptada, la herencia no podrá subsistir ya: porque no es justo que uno encuentre al nacer todas las comodidades, y otro el hambre y las privaciones; que uno nazca rico y otro pobre, y hasta si se aceptase la idea de que cada uno es dueño de lo que produce y que, por consiguiente, puede hacer economías por cuenta propia, a su muerte todas sus economías deberían volver a la masa común...

Los niños deberán ser educados e instruidos a costa de todos, de manera que se les procure el máximo desarrollo y la máxima capacidad posible. Sin esto no existirían la justicia e igualdad y se violaría el principio del derecho de cada uno a los instrumentos de trabajo, puesto que la instrucción, la fuerza física y la moral son verdaderos instrumentos del trabajo, y dar a todos solamente la tierra y las máquinas sería una cosa muy insuficiente, si no se procurase poner a todos en condiciones de servirse de ellas lo mejor posible.

Respecto de la mujer, no quiero hablar, porque para nosotros la mujer debe ser igual que el hombre; y cuando decimos hombre, queremos decir ser humano, sin distinción de sexo.

*Pepe.* — No obstante, hay una cosa; quitar los bienes a los señores que han robado y empobrecido a la pobre gente, está muy bien, pero si uno, a fuerza de trabajar y ahorrar, hubiese logrado arrinconar cuatro céntavos y hubiese comprado un trozo de tierra o abierto una tenducha, ¿con qué derecho podrías quitarle aquello que verdaderamente es fruto de su trabajo?

*Jorge.* — La cosa es muy difícil, porque con el propio trabajo, sólo con el propio trabajo, hoy que los capitalistas y el gobierno nos quitan los mejores productos, no se pueden hacer economías, y me parece que tú debes saberlo, pues con tantos años de continuo trabajo, continuas siendo tan pobre como al principio. Además, ya te he dicho que cada uno tiene derecho a las primeras materias y a los instrumentos de trabajo; así es que si uno tiene un trozo de tierra, mientras él mismo se lo trabaje con sus propios brazos, puede muy bien guardárselo y aun se le darán los utensilios perfeccionados, los abonos y todo lo demás que sea necesario para sacar el mejor y mayor producto posible de aquella tierra. Ciertamente que sería preferible que lo pusiera todo en común; pero para ello no hay necesidad de forzar a nadie porque el mismo interés aconsejará a todos el sistema de la comunidad. Con la propiedad y el trabajo común se estará mucho mejor que trabajando solos, tanto más cuanto que con la invención de las máquinas, el trabajo aislado resulta más impotente.

*Pepe.* — ¡Ah! ¡las máquinas! ¡a éstas sí que vendría quemarlas! Ellas son las que arruinan los brazos y quitan el trabajo a la pobre gente. Aquí, en el campo, se puede estar bien seguro: cada vez que llega una máquina disminuye nuestro salario y cierto número de nosotros queda sin trabajo y constreñido a marcharse para ir a morir de hambre a otra parte. En la ciudad debe ser peor aún. A lo menos si no existiesen las máquinas, los señores tendrían mayor necesidad de nuestros brazos y se viviría algo mejor.

*Jorge.* — Tienes razón, Pepe; al creer que las máquinas son una de las causas de la miseria y falta de trabajo; pero esto sucede porque las máquinas pertenecen a los señores. Si perteneciesen a los trabajadores, sucedería todo lo contrario; ellas serían la causa principal del bienestar humano. De hecho, las máquinas, en substancia no hacen sino trabajar por nosotros y más rápidamente. Por medio de las máquinas, el hombre no tendrá que trabajar horas y más horas para satisfacer sus necesidades y no estará obligado a los trabajos penosos que exceden a sus propias fuerzas. Si las máquinas fuesen aplicadas a todos los ramos de la producción y perteneciesen a todos, se podría con pocos horas de trabajo ligero, sano y agradable, satisfacer todas las necesidades del consumo, y cada obrero tendría tiempo para instruirse, cultivar las relaciones de amistad, en una palabra, vivir y gozar aprovechando todas las conquistas de la ciencia y la civilización. Así, pues, recuérdalo bien: no se necesita destruir las máquinas, hay que apropiárselas. Y después, ten presente esto: los señores defenderían sus máquinas, o mejor dicho, harían defender sus máquinas tanto, contra quien quisiera destruirlas, como contra quien quisiera tomar posesión de ellas; teniendo, pues, que hacerlo de todos modos y correr los mismos peligros, sería una locura destruirlas, en lugar de quitárselas. ¿Destruirías el grano y las casas si en su lugar encontraríamos el medio de que fueran de todos? Seguramente que no. Pues igual debe hacerse con las máquinas,

porque éstas, si en manos de los amos son la miseria y esclavitud nuestra, en manos nuestras serían, al contrario, la riqueza y la libertad.

*Pepe.* — Pero para seguir adelante con este sistema se necesitaría que todos trabajáramos con buena voluntad, ¿no es verdad?

*Jorge.* — Cierto.

*Pepe.* — ¿Y si hay quien quiere vivir sin trabajar? El trabajo fatigoso es duro y no gusta ni siquiera a los perros.

*Jorge.* — Confundes la sociedad actual con la sociedad de después de la revolución. La fatiga, has dicho, no gusta siquiera a los perros; pero, ¿sabrías estar el día entero sin hacer nada?

*Pepe.* — Yo no, porque estoy acostumbrado al esfuerzo, y cuando no tengo nada que hacer, me parece que las manos me sobran; pero hay tantos que se estarían todo el día en la taberna jugando a las cartas o en la plaza tomando el sol...

*Jorge.* — Hoy sí; pero después de la revolución no puede suceder, y te diré por qué. Hoy el trabajo es penoso, mal pagado y despreciado. Hoy quien trabaja debe matarse de fatiga, muere de hambre y es tratado como una bestia. Quien trabaja no tiene ninguna esperanza y sabe que irá a parar a un hospital, si no, concluye en la cárcel; no puede ayudar a su familia, no goza nada en la vida y sufre continuos maltratos y humillaciones. El que no trabaja, por el contrario, goza de todas las comodidades posibles y es apreciado y estimado; todos los honores todas las diversiones son para él. Aun entre los mismos trabajadores, sucede que el que trabaja menos y hace las cosas menos penosas, gana mucho más y es mucho más apreciado. ¿Qué extraño es que la gente trabaje de mala gana y si puede no deje escapar la ocasión de no trabajar?

Si al contrario, el trabajo se efectuara en condiciones humanas, por un tiempo racionalmente corto, con ayuda de las máquinas, en condiciones higiénicas; si el trabajador supiese que trabajaba para el bienestar de todos, de su familia y de los demás hombres; si el trabajo fuese la condición indispensable para ser apreciado en la sociedad, y el ocioso fuese señalado al público desprecio, como sucede hoy con los espías y encubridores, dime, ¿quién sería el que querría renunciar al placer de sentirse útil y amado, para vivir en la inercia, que además es tan dañosa a nuestro cuerpo y a nuestra moral?

Hoy mismo, salvo algunas raras excepciones, todos sienten una repugnancia tan invencible como instintiva por el oficio de espía. Y, sin embargo, haciendo estos degradantes oficios, se gana mucho más que cavando la tierra, se trabaja poco o nada y se es, más o menos indirectamente, protegido por la autoridad; pero son cargos infames, señales de una profunda abyección moral, y porque no producen sino dolores y males, casi todo el mundo prefiere la miseria antes que la infamia. Cierto que hay excepciones, hombres débiles y corrompidos que prefieren la infamia; sin embargo se trata de escoger entre la infamia y la miseria. ¿Pero quién sería el desgraciado que escogería una vida infame y dificultosa, cuando trabajando tuviese asegurado el bienestar y la es-

timación pública? Si este hecho se produjese, sería tan contrario a la índole normal del hombre, que debería considerarse y tratarse como un caso de locura cualquiera.

No lo dudes, no; la pública reprobación contra el ocio no faltaría ciertamente, porque el trabajo es la primera necesidad de una sociedad, y el ocioso no tan sólo haría daño a todos viviendo del producto de los demás, sin contribuir, sino que rompería la armonía de la nueva sociedad y sería el elemento de un partido de descontentos que desearía volver al punto de partida, al pasado. Las colectividades son como los individuos: aman y veneran todo lo que es o creen útil, odian y desprecian lo que saben o creen dañoso. Pueden engañarse y aun se engañan a menudo; pero en el caso que citamos, el error no es posible, porque es demasiado evidente que quien no trabaja, come y bebe a costa de los demás, y, por consiguiente, perjudica a todos.

Haced la prueba uniéndoos en sociedad con otros para efectuar un trabajo en común y dividir el producto en partes iguales; tendríais consideraciones para con el débil o el incapaz, pero al que pudiendo no quisiera trabajar, le envolveríais en un desprecio y en una vida tan dura que, o bien os dejaría o le entrarían seguramente ganas de trabajar. Esto es lo que sucederá en la gran sociedad siempre que la ociosidad voluntaria de algunos pueda producir un daño sensible.

Además, al fin y al cabo, cuando no se lograra adelantar a causa de aquellos que no quieren trabajar, cosa que yo creo imposible, el remedio estaría pronto buscado; se expulsaría de la comunidad, y así, reducidos al solo derecho de poseer las primeras materias y los instrumentos de trabajo, estarían obligados a trabajar si quisieran vivir.

*Pepe.* — Estoy persuadido... pero dime, ¿todos tendrían que cavar la tierra?

*Jorge.* — ¿Y por qué? El hombre no tiene sólo necesidad de pan, vino y carne; necesita casas, vestidos, calles, libros, en suma, todo aquello que los trabajadores de cualquier ramo producen, y ninguno puede producir por sí solo todo lo que necesita. ¿Acaso para trabajar la tierra no se necesita el auxilio del herrero y el carpintero para hacer los utensilios y del minero para extraer el hierro de la mina, del albañil para construir las casas y los almacenes, y así todo lo demás? No se trata, pues, de cavar la tierra; sino de trabajar todos para producir cosas útiles.

La variedad de los oficios hará de modo que cada uno pueda escoger aquel que mejor se adapte a sus inclinaciones, y de esta manera, al menos en todo lo que sea posible, el trabajo no será para el hombre sino un ejercicio, una diversión ardientemente deseada.

*Pepe.* — ¿Cada uno, pues, será libre de escoger el oficio o trabajo que quiera?

*Jorge.* — Cierto; teniendo cuidado, no obstante, que los brazos no se acumulen en determinados oficios y escaseen en otros. Como se trabaja en interés de todos, hay que procurar el modo de producir todo aquello que se necesita, conciliando todo lo



posible el interés general con la predilección individual.

Verás como todo se arreglará, cuando no existan amos que nos hagan trabajar por un trozo de pan, sin tener que ocuparnos para qué sirve y a quien sirve nuestro trabajo.

*Pepe.* — Tú dices que todo se arreglará, y yo creo, al contrario, que nadie querrá trabajar en oficios penosos y que más bien querrán ser abogados y doc-

tores. Entonces, ¿quién irá a cavar? ¿quién querrá arriesgar la salud y la vida en el fondo de una mina? ¿quién querrá confundirse en los negros pozos y entre los estiércoles?

*Jorge.* — Referente a los abogados, pongámoslos aparte, porque son una gangrena semejante a la de los curas, que la revolución social hará desaparecer completamente. Hablemos de los trabajos útiles y no de aquellos que dañen al prójimo, porque sino resul-

taría un trabajador hasta el asesino que muchas veces tiene que soportar también grandes sufrimientos.

Hoy preferimos un oficio a otro, no porque éste esté más o menos adaptado a nuestras inclinaciones, sino porque nos es más fácil aprenderlo, porque con él ganamos o esperamos ganar más dinero, porque con él esperamos encontrar con más facilidad trabajo, y, en segundo término, porque ciertos y determinados trabajos pueden ser más o menos penosos. Y, finalmente, la elección nos es impuesta desde que nacemos, por el acaso o por prejuicios sociales.

Por ejemplo, el oficio de campesino es hoy una de las ocupaciones a que ningún hijo de la ciudad quiere someterse, ni aun aquellos que más miseria sufren. Y, sin embargo, la agricultura no tiene nada de repugnante en sí ni la vida del campo carece de atractivos. Al contrario, si lees a los poetas encontrarás a todos entusiasmados con la vida campestre. El hecho verdadero estriba en que los poetas que escriben los libros no han cavado la tierra nunca, y aquellos que la trabajan verdaderamente se matan de fatiga, mueren de hambre, viven peor que las bestias y son considerados como gente de poco valor, de tal modo, que el último vagabundo de la ciudad se creará ofendido si le llaman campesino; ¿cómo quieres que la gente vaya a trabajar la tierra voluntariamente? Nosotros mismos, que en ella hemos nacido, la dejamos apenas tenemos la posibilidad, porque en cualquier cosa que trabajemos estamos mejor y más respetados; ¿pero quién de nosotros dejaría el campo si trabajase por su propia cuenta y encontrase en la labor campestre bienestar, libertad y respeto?

Esto es lo que sucede en todos los oficios, porque actualmente el mundo es así, que cuando un trabajo es más necesario, cuando es más penoso, resulta peor retribuido, despreciado y hecho en condiciones inhumanas. Por ejemplo, vete a un taller de joyería y encontrarás que, comparándolo con los inmundos talleres en que nosotros trabajamos, aquél local es aseado, aireado en verano, caliente en invierno, el trabajo diario no es enormemente largo y los obreros, por mal retribuidos que estén (pues el amo les quita la mayor parte del beneficio), relativamente a los demás obreros están discretamente bien; por la noche o en días de fiesta, después de quitarse los vestidos de trabajo, pueden ir a donde les dé la gana, sin peligro de que la gente los desprecie por su condición de trabajadores. Vete, al contrario, a una mina, y verás la pobre gente que trabaja debajo tierra, en atmósferas pestilentes y consume en pocos años su vida entera con un salario irrisorio, y si después, fuera del trabajo, el minero quisiera permitirse ir a donde concurren los señores, podría darse por afortunado si se saliera sólo con la burla. ¿De qué extrañarnos, pues, si uno escoge mejor el oficio de joyero que el de minero?

Y no quiero hablar siquiera de aquellos que no manejan otros utensilios que la pluma! Uno que tal vez no hace sino charadas y sonetos adocenados, gana diez veces más que un campesino y es apreciado más superiormente que cualquier honrado trabajador.

Los periodistas, por ejemplo, trabajan en salas elegantes; los zapateros en oscuros rincones; los inge-

nieros, los médicos, los artistas, los profesores, cuando tienen trabajo y saben bien su obligación, están como señores; los albañiles, enfermeros, artesanos, y podemos añadir, a decir verdad, hasta los médicos abonados y los maestros elementales mueren de hambre, aun matándose trabajando. No pretendo decir con esto que sólo sea útil el trabajo manual, porque, al contrario, el estudio da al hombre el modo de vencer a la naturaleza, de civilizarse y ganar cada vez más en libertad y bienestar; los médicos, ingenieros, químicos y maestros, son útiles y necesarios en la humana sociedad, tanto como los campesinos y demás obreros. Quiero decir solamente que todos los oficios deberían ser igualmente apreciados y efectuados de manera que el trabajador encuentre igual satisfacción al efectuarlos que en los trabajos intelectuales, los cuales, por sí solos, son ya un gran placer y dan al hombre una gran superioridad sobre quien trabaja manualmente y se queda ignorante, y deben ser accesibles a todos, y no ser, como hoy, privilegio de unos pocos.

Pepe. — Pero, si como tú dices, el trabajar intelectualmente es ya un gran placer y da una gran ventaja sobre los ignorantes claro es que todos querrán estudiar, y yo el primero. Entonces los trabajos manuales ¿quién querrá hacerlos?

Jorge. — Todos, porque al mismo tiempo que cultivarán las letras y las ciencias deberán efectuar un trabajo manual; todos deberán trabajar con el cerebro y con los brazos. Estas dos especies de trabajo, lejos de perjudicarse, se ayudan y completan, porque el hombre, para estar bien, tiene necesidad de ejercitar todos sus órganos, el cerebro y los músculos. Quien posee la inteligencia desarrollada y está habituado a pensar, logra salir más airoso en el trabajo manual, y quien está en buena salud, como sucede cuando se ejercitan los brazos en condiciones higiénicas, poseerá también el cerebro más despejado y penetrante.

Además, como que las dos especies de trabajo son necesarias y una de ellas es más placentera que la otra y es el medio por el cual el hombre conquista conciencia y dignidad, no es justo que una parte de los hombres estén condenados al embrutecimiento del trabajo exclusivamente manual, para dejar a unos pocos el privilegio de la ciencia y, por consiguiente, del mando; por lo cual, repito, todos deben efectuar los trabajos manuales y los intelectuales.

Pepe. — Esto también lo comprendo; pero entre los trabajos manuales, siempre los habrá penosos y fáciles, agradables y repulsivos, ¿quién querrá, por ejemplo, ir a trabajar de minero y a vaciar las letrinas?

Jorge. — Si supieses, querido Pepe, cuántas invenciones y cuántos estudios se han hecho y se hacen aún, comprenderías fácilmente que cuando la organización del trabajo no dependiese de los que no trabajan y que, por consiguiente, sólo se cuidan de su utilidad propia, sin tener en cuenta para nada el bienestar del obrero, comprenderías, repito, que todos los oficios manuales se podrían efectuar de modo que no tuvieran nada de repugnantes y malsanos o fatigosos, y se encontrarían fácilmente obreros que los preferirían. Y esto, en nuestros días. Figurate,

pues, lo que sucedería cuando, debiendo trabajar todos, los cuidados, el interés, y el estudio de todos fueran encaminados a procurar que el trabajo fuese menos penoso y más agradable.

Y aun cuando existieran ciertos trabajos que persistiesen en ser más penosos que otros, se buscaría el modo de compensar la diferencia con otras ventajas especiales; sin contar que, cuando se trabaja en común, para el común interés, nace siempre el espíritu de fraternidad y condescendencia, como en la familia, de modo que más bien que litigar para ahorrar esfuerzo, cada uno toma entonces para sí los trabajos más penosos.

Pepe. — Tienes razón; pero si esto no sucediera, ¿cómo se arreglaría?

Jorge. — Pues bien; si a pesar de todo lo dicho hubiese aún trabajos necesarios que nadie quisiera efectuar voluntariamente, entonces los efectuaremos todos, trabajando en ellos un determinado tiempo cada individuo, por ejemplo, un día cada mes o una semana al año. Siendo una cosa necesaria a todos, ten la seguridad de que se encontrará el modo de efectuarlo. ¿Acaso no somos soldados hoy por mandato de los demás, yendo a combatir a gente que no conocemos y que ningún mal nos ha hecho y aun contra nuestros propios hermanos y amigos? Me parece que más fácilmente trabajaremos gustosos cuando sepamos que es para utilidad de todos.

Pepe. — ¿Sabes que principias a convencerme? Pero hay algo aún que no me persuade, y es aquello de quitar los bienes a los señores... esto... ¿qué quieres que te diga!... ¿no podría evitarse?

Jorge. — ¿Cómo quieres hacerlo? Mientras las riquezas estén en sus manos, ellos serán los que mandarán y harán sus intereses sin preocuparse de nosotros, como lo han hecho desde que el mundo es mundo; ¿por qué diablos no te convence eso de quitar los bienes a los señores? ¿crees acaso que será una cosa injusta, una mala acción?

Pepe. — No; verdaderamente, después de lo que me has dicho, creo, al contrario, que sería una gran cosa, porque quitándoles los bienes no haríamos sino reintegrarnos la sangre que nos han chupado desde hace tanto tiempo. Además, que si los quitamos a ellos, no es para poseerlos sólo nosotros, sino para ponerlos en común y que todos vivan bien, ¿no es eso?

Jorge. — Ninguna duda queda; y si consideras bien la cosa, verás que hasta los mismos señores ganan en ello. Ciertamente que deberán concluir de mandar de estar ociosos y de ser poderosos. Deberán trabajar; pero el trabajo, cuando fuese hecho con ayuda de las máquinas y con el interés del bienestar de los trabajadores, quedaría reducido a un útil y agradable ejercicio. ¿Acaso ahora no van a la caza los señores para hacer ejercicio? ¿no efectúan las carreras de caballos, la gimnasia y otras mil cosas que demuestran que el trabajo muscular es una necesidad y un placer para todos los hombres que están sanos y bien nutridos? Se trata, pues, de que hagamos en beneficio de la producción aquél trabajo que hacemos hoy por pura diversión. Y ¿cuántas ventajas no lograrían los señores del bienestar general y de la pro-

gresiva civilización! Observa, por ejemplo, en nuestro país: los pocos señores que en él hay, son ricos, viven como príncipes; pero, entre tanto, las calles son sucias, y malas, tanto para ellos como para nosotros; el aire pésimo que sale de nuestras casas y de los pantanos vecinos los enferma también a ellos; el cólera causado por la miseria de gente que vive lejos, muy lejos de aquí y se propaga por la nuestra les contagia a veces también a ellos; nuestra ignorancia hace que también ellos se embrutezcan. ¿Podrían, con todas sus riquezas particulares, sanear el país, construir los caminos e iluminar las calles? ¿cómo podrían evitar la adulteración de los artículos de consumo? ¿cómo podrían usufructuar todos los progresos de la ciencia y de la industria? Cosas todas que, cuando se hicieran con el concurso de todos, efectuaríanse fácilmente. Y su propia vanidad, ¿cómo puede ser satisfecha, cuando su sociedad se reduce a unos pocos?

Todo eso sin contar el peligro continuo de una bala de fusil que los hiera de improviso y el miedo a una revolución o a una desgracia que los reduzca a la miseria, exponiendo a sus familias al hambre, al delito, a la prostitución, como están expuestas las nuestras actualmente.

Esto significa que no solamente con quitarles sus riquezas les otorgamos sus derechos, sino que les ocasionamos un gran bien.

Verdad es que los señores no quieren ni querrán nunca comprenderlo, porque lo que quieren es mandar y creen que los pobres son de otra clase; pero ¿qué queréis que hagamos nosotros? Si no podemos entendernos con ellos por las buenas, tanto peor, lo comprenderán a las malas, inevitablemente.

Pepe. — Cosas verdaderas son esas, pero difíciles de efectuar. ¿No se podría buscar el medio de efectuarlas de acuerdo, poco a poco? Dejemos los bienes a quien los posea, pero a condición de que nos aumenten el sueldo y nos traten como hombres. Así, gradualmente, podríamos ahorrar algo, comprar un trozo de tierra, y después, cuando todos fuésemos propietarios, ponerlo todo en común y hacer como tú dices. Una vez oí a uno que me explicó algo por el estilo.

Jorge. — Escucha; para hacer de común acuerdo, hay solamente un medio: que los propietarios se dispongan a renunciar a sus propiedades, porque es evidente que cuando uno da una cosa, no hay necesidad de quitársela. Pero en esto no hay que pensar; lo sabes mejor que yo.

Mientras exista la propiedad individual, o sea mientras la tierra y todo lo demás pertenezca a Pedro o a Pablo en lugar de pertenecer a todos, habrá siempre miseria. Incluso se puede decir que cuanto más se tire adelante, peor se estará. Con la propiedad individual cada uno trata de vender su mercancía lo más cara que pueda, y cada comprador por su parte trata de comprar al menor precio posible. ¿qué sucede entonces? Los propietarios, los fabricantes, los negociantes más ricos, dado que tienen medios para fabricar y comprar al por mayor, para proveerse de maquinaria, para aprovechar todas las condiciones favorables que surgen en el mercado, y para esperar el momento oportuno para la venta, o hasta para ven-

der con pérdida por algún tiempo, concluyen por reducir a la liquidación o a la quiebra a los propietarios y comerciantes más débiles, los cuales, poco a poco, caen en la pobreza y deben, ellos o sus hijos, ir a trabajar a jornal. Así (y esto se ve casi todos los días, los patrones que trabajan solos o con pocos obreros en pequeños talleres, después de una dolorosa lucha han de cerrar sus talleres e ir a buscar trabajo en las grandes fábricas; los pequeños propietarios que no pueden apenas pagar los impuestos, han de vender las casas o las tierras, a los grandes propietarios, y así sucesivamente; de modo que si algún propietario de buen corazón quisiera mejorar las condiciones de sus obreros, no haría otra cosa que batirse en condiciones de no poder resistir la competencia y vendría la quiebra en seguida.

Por otra parte, los trabajadores, impulsados por el hambre, están obligados a hacerse la competencia entre ellos, y como que existen más brazos disponibles que demandas de trabajo (no porque no hay necesidad de trabajo, sino porque no interesa a los amos hacer trabajar más), tienen que disputarse el pan de sus bocas, y si tu trabajas para ganar dos, siempre encontrarás otra que trabajaría para ganar uno.

De tal modo, todo progreso resulta una desgracia. Se inventa una máquina, y en seguida quedan sin trabajo un gran número de obreros, los cuales, no ganando nada, no pueden consumir, e indirectamente quitan el trabajo a otros obreros. En América se cultivan muchas tierras y producen mucho grano; los propietarios, sin ocuparse de sí en América la gente come según su apetito, requiere, para ganar en su venta, mandan el grano a Europa. El grano de aquí baja de precio, pero los pobres, en vez de estar mejor, están peor, porque los propietarios, no encontrando salida a sus granos, competidos por los de América, dejan de cultivar las tierras o solamente hacen cultivar aquel trozo más productivo, y por esta causa gran número de campesinos queda sin trabajo. El grano cuesta poco, es verdad; pero la pobre gente no gana siquiera aquel poco necesario para comprarlo.

Pepe. — Ahora comprendo. Oí decir que no querían dejar venir el grano extranjero, y me parecía una gran barbaridad el rechazar así esta gracia de Dios; creí que los señores querían dejar morir de hambre al pueblo; pero ahora he comprendido que tenían razón.

Jorge. — No; no es eso; porque si el grano de América no viene, el mal queda en pie. Los propietarios, no teniendo entonces la competencia extranjera, venden su mercancía al precio que les da la gana y...

Pepe. — ¿Y qué?

Jorge. — ¿Y qué? Me parece haberlo dicho; se necesita ponerlo todo en común a beneficio de todos. Entonces, cuantos más productos haya, mejor estaremos. Si se inventan nuevas máquinas fabricaremos más o se fabricará menos, según convenga, y si en un país, por ejemplo, tienen demasiado grano y nos lo mandan, nosotros les mandaremos lo que a nos-

otros nos sobre; y resultará el bienestar para todos.

Pepe. — Dime una cosa... ¿Y si fuéramos a medias con los propietarios? Ellos pondrían sus tierras y capitales y nosotros el trabajo; después nos repartiríamos el producto; ¿qué dices a esto?

Jorge. — Primeramente he de decirte que si quisieras repartir tú no querían los amos. Tendríamos que apelar a la fuerza, y tanto nos costaría obligarlos a repartir como el quitárselo todo. ¿Por qué, pues, hacer las cosas a medias y dejar subsistir un sistema que perpetúa la injusticia y el parasitismo, e impide el aumento general de la producción que, sin embargo, es una cosa tan necesaria?

Además, ¿con qué derecho — pregunto yo — algunos hombres, sin trabajar, tomarían la mitad de aquello que producen todos los trabajadores?

Como ya he dicho, no solamente tendríamos que dar la mitad de los productos a los amos, sino que el mismo producto total sería muy inferior al que podría ser; porque cuando existe la propiedad individual, la producción está cohibida y fuera del interés general, por la competencia y falta de organización, y por eso se produce menos de lo que se produciría si el trabajo fuese hecho en común y guiado por el interés general de los productores y consumidores. Es lo mismo que para alzar un gran peso; cien hombres, uno a uno, no bastan para levantarlo, ni los mismos reunidos, si cada uno tirase por su cuenta y tratase de contrariar los esfuerzos de los demás; pero tres o cuatro personas que obren a la vez, combinando sus esfuerzos y sirviéndose de útiles oportunos, lo elevarán más fácilmente. Si uno intenta hacer una aguja, puede que no la haga en una hora; diez hombres reunidos producirán al día millares y millares de ellas. Y cuanto más se adelanta, más máquinas se inventan y más necesidad hay de efectuar el trabajo en común, si queremos que los nuevos progresos sean beneficiosos para todos.

En este particular, quiero responder a una objeción que nos hacen muy a menudo.

Los economistas (que es una gente que, pagada o no, reuné bajo el nombre de ciencia una cantidad de embustes y de enredos para demostrar que los señores tienen el derecho a vivir del trabajo de los demás) y los demás sabios, dicen a menudo que no es verdad que la miseria exista por causa de que los propietarios lo retengan todo para ellos, sino porque los productos son pocos y no bastan para todos. Dicen esto, para deducir de ello que de la miseria nadie tiene la culpa y que no hay necesidad ni motivo para rebelarse. El cura os mantiene dóciles y sometidos con decir que es la voluntad de Dios; los economistas dicen que es la ley de la naturaleza. No los creáis. Verdad es, no obstante, que los actuales productos de la agricultura y de la industria son insuficientes para dar a todos una nutrición buena y abundante, y todas aquellas comodidades que hoy gozan unos pocos; pero esto es culpa del actual sistema social, porque los dueños no se preocupan del interés general y hacen producir solamente cuando les interesa, y a menudo destruyen lo producido para evitar la baja de los precios. De hecho, verás que mientras dicen que hay pocos productos, dejan in-

finidad de tierras sin cultivar y muchos obreros sin trabajo.

Pero a esto responden que, aunque se cultivasen todas las tierras y todos los hombres trabajasen con los mejores sistemas conocidos, la miseria existiría igual, porque siendo limitada la productividad de la tierra y pudiendo los hombres procrear un número grandioso de hijos, llegaríamos pronto a un punto en que la producción de los géneros alimenticios quedaría estacionada, mientras la población crecería indefinidamente y la carestía con ello. Por eso, dicen, el único remedio a los males sociales estriba en que los pobres no precreen hijos, o procreen sólo aquellos pocos que puedan mantener discretamente.

Mucho podría discutirse en esta cuestión, en lo que se refiere al porvenir lejano. Hay quien sostiene, y con buenas razones, que el aumento de población encuentra un límite en la misma naturaleza, sin que haya necesidad de recurrir a frenos artificiales, voluntarios o no. Parece que con el desarrollo de la raza, con el crecimiento de las facultades intelectuales, con la emancipación de la mujer y con el aumento del bienestar, las necesidades generatrices disminuyen naturalmente. Pero éstas son cuestiones que hoy no tienen ninguna importancia práctica y ninguna relación con las causas actuales de la miseria.

Hoy no es cuestión de población, sino cuestión de organización social; y el remedio de no procrear hijos no remedia propiamente nada. De hecho vemos que en los países en que la tierra es abundante y la población escasa, hay tanta miseria como en los países de población densa, y a veces mucha más. Hoy la producción, a pesar de todos los obstáculos derivados de la propiedad individual, crece más rápidamente que la población; la disminución causada por la miseria, depende de la superabundancia de producción relativamente a los medios que para consumir tienen los pobres. Verás cómo los obreros se pasean sin trabajar, mientras los almacenes están llenos de géneros que ellos han producido y que no encuentran compradores. Las tierras que se cultivaban quedan sin cultivar, volviendo a ser bosques, porque hay demasiados granos, los precios bajan y los propietarios no encuentran conveniente el hacerlas cultivar, preocupándose poco o nada de si los campesinos quedan sin trabajo y sin pan.

Se necesita, pues, primeramente, cambiar la organización social, cultivar toda la tierra, organizar la producción y el consumo en interés de todos, dejar el campo libre a la acción de todos los progresos adquiridos y por adquirir, ocupar toda la inmensa parte del mundo deshabitado aún, o casi, y cuando después, a pesar de todas las previsiones optimistas, se viese que la población tiende a ser realmente demasiado numerosa, entonces será ocasión, para los que vivan en aquella época, de pensar en imponer un límite a la procreación. Pero este límite deberían imponérselo todos, sin excepción para un pequeño número de individuos, los cuales no contentos de vivir en la abundancia a expensas del trabajo de los demás, quisieran ser ellos solos los que tuvieran el derecho ilimitado a procrear hijos. Por otra parte mientras existan pobres, éstos no se impondrán nunca el límite, sea porque no tengan otro placer que el

de generar, sea porque no pueden pensar en la escasez absoluta de los productos cuando tienen ante sus ojos una causa más inmediata de miseria es decir el amo, que se apropia de la parte del león. Cuando más desgraciado es uno, más inseguro está del mañana, y, naturalmente, más imprevisible y menos se preocupa. Sólo cuando todo sea de todos y todos su fran igualmente, sólo entonces los hombres podrán, allí donde sea necesario, imponerse voluntariamente un límite que ningún poder humano lograría imponer a la fuerza.

Pero volvamos a la cuestión de reparto del producto entre el propietario y el trabajador; ¿qué es lo que darías a aquellos que no hubiesen trabajado? A los propietarios, mientras son propietarios, no se les puede obligar a emplear gente de la cual no tienen necesidad.

Este sistema, llamado *participación* o *mediería* era bueno antes para el trabajo de los campos en muchas partes de la Europa meridional, y aún hoy en algu-



na parte de Italia, como en Toscana. Pero poco a poco irá desapareciendo; desaparecerá hasta en Toscana, porque los propietarios encuentran más ventajoso hacer trabajar a jornal. Hoy, además, con las máquinas, con la agricultura científica y con los productos que vienen del extranjero, adoptar el gran cultivo con obreros asalariados es para los propietarios una necesidad, y aquellos que no la adopten a tiempo, veránse reducidos a la miseria por la competencia.

En conclusión, para no alargarnos más, si se continúa con el sistema actual, se llegará a los siguientes resultados: la propiedad se concentrará cada día más en manos de unos pocos, y el trabajador será gradualmente arrojado a la calle por las máquinas y por

los métodos rápidos de producción. Así tendremos a unos cuantos señores dueños del mundo: pocos trabajadores ocupados al servicio de las máquinas y criados y soldados que servirán para defender a los señores. La masa general, o morirá de hambre o vivirá de limosna. Principiase a tocar este resultado; la pequeña propiedad desaparece, los obreros sin trabajo aumentan, y los señores, por miedo o por piedad hacia toda esta gente que muere de hambre, organizan las cocinas económicas y otras obras llamadas de beneficencia.

Si el pueblo no quiere verse reducido a mendigar un plato de sopa a las puertas de los señores o del municipio, como sucedía antes a las puertas de los conventos, no tiene sino un solo medio: tomar posesión de la tierra y las máquinas y trabajar por su cuenta (1).

*Pepe.* — Pero si el gobierno hiciera buenas leyes, que obligaran a los señores a no hacer sufrir a la pobre gente?

*Jorge.* — Estamos donde estábamos. El gobierno está compuesto de señores, y no hay que dudar, éstos no querrán nunca hacer leyes contra ellos. Y cuando llegase el día que gobernaran los pobres, ¿por qué hacer las cosas a medias y dejar en poder de los señores lo suficiente para que después, poco a poco, nos pusiesen otra vez el pie al cuello? Porque, y tú lo comprendes muy bien, allí donde hay ricos y pobres, éstos podrán gobernar un momento, mientras dure el motín, pero después son siempre los señores los que concluyen mandando. Por eso, si logramos por un momento ser los más fuertes, quitemos en seguida los bienes a los ricos, y así éstos no tendrán ya los medios de hacer volver las cosas al estado de antes.

*Pepe.* — He comprendido. Es preciso hacer una buena república. Todos iguales, y después, quien trabaje que coma, y quien no, que se rasque la barriga... lo que siento es que ya soy viejo. Felices vosotros, los jóvenes, que alcanzaréis esos buenos tiempos.

*Jorge.* — Poco a poco, amigo. Por república entiendo revolución social, y así, para quien sabe comprender tu pensamiento, tienes perfecta razón. Pero te expresas muy mal, porque república no significa, ni

con mucho, lo que tú comprendes por tal. Reten en la memoria que la república es un gobierno tal como el que actualmente gobierna, solamente que, en lugar de un rey, hay un presidente, o ni siquiera el presidente, y gobiernan entonces los ministros. Suprimido el rey, el gobierno se llama siempre república, aunque hubiese la inquisición, los tormentos, la esclavitud. Si quieres la república tal como quieren hacerla en Italia, a la supresión del rey debes añadir el siguiente cambio: en lugar de dos cámaras, habrá una sola, la de diputados.

Y nada más, porque todo lo demás, como, por ejemplo, aquello de no haber más soldados, de pagar pocas contribuciones, de tener muchas escuelas, de proteger a los pobres, son promesas que serán mantenidas... si los señores diputados quieren. Tocante a prometer, no hay necesidad de que sean republicanos, porque actualmente, cuando los candidatos tienen necesidad de ser elegidos, prometen el oro y el moro, y después, una vez elegidos, si te he visto no me acuerdo.

Además, que todo son charlatanías; mientras existan ricos y pobres, mandarán siempre los ricos. República o monarquía, los hechos que derivan de la propiedad individual son siempre los mismos. La competencia regula todas las relaciones comerciales; la propiedad se concentra así en pocas manos; las máquinas reemplazan a los trabajadores, y las masas del pueblo estarán reducidas, como ya he dicho, a morir de hambre o a vivir de limosna.

Además, ya se ve. República ha habido, y hay aún algunas y nunca han traído una mejora de las condiciones del pueblo.

*Pepe.* — ¡Toma, que escucho! ¡Y yo que creía que república significaba que todos debíamos ser iguales!

*Jorge.* — Los republicanos así lo dicen, apoyándose en el siguiente raciocinio: En república, dicen, los diputados que hacen las leyes son elegidos por todo el pueblo; por eso cuando el pueblo no está contento manda a otros que sean mejores, y todo se arregla; como que los pobres son la mayoría, en el fondo ellos son los que mandan. Pero lo cierto, lo real, es diferente. Los pobres, y precisamente porque son pobres, son también ignorantes y supersticiosos, votan tal como quieren los curas y los amos, y votarán siempre igual, hasta que conquisten la independencia económica y la conciencia clara de sus intereses.

Tú y yo, si hemos tenido la inmensa fortuna de ganar algo más o de podernos instruir mejor, podemos tener la capacidad necesaria para comprender nuestro interés y la fuerza de afrontar la venganza de los amos; pero la gran masa, mientras duren las condiciones presentes, no; y frente a la urna no es como en una revolución, que un hombre valeroso e inteligente vale por cien tímidos y arrastra tras sí a muchos que por sí propios no hubieran tenido jamás la energía de rebelarse. Frente a la urna, lo que vale es el número, y mientras existan curas, amos y gobiernos, el número será siempre del cura, que dispone del infierno y del paraíso; del amo, que da o quita el pan a quien quiere, y del gobierno, que tiene los policías para intimidar y los empleos para corromper.

Aun hoy, en substancia, la mayor parte de los electores son pobres y, sin embargo, ¿qué hacen cuando van a votar? ¿acaso nombran a pobres que conozcan y quieran defender sus intereses?

*Pepe.* — Esto ya se sabe; preguntan al amo a quien han de votar y hacen lo que él quiere. Además, que si no lo hicieran así, el amo lo despediría.

*Jorge.* — Pues ya lo ves. ¿Qué quieres esperar, pues del sufragio universal? El pueblo mandará al Parlamento a los señores, y éstos sabrán arreglarse de modo que puedan tener al pueblo, siempre ignorante y esclavo, como en la actualidad, y cuando viesen que con la República no podían lograrlo, tienen en sus manos medios suficientes para echarlo todo a rodar.

Por eso no hay más que un medio: expropiar a los señores y entregarlo todo al pueblo. Cuando el pueblo vea que todo es suyo y que es cuestión suya saberse arreglar para poder estar bien, entonces sabrá gozar de las riquezas y hasta sabrá guardárselas.

*Pepe.* — ¡Ya lo creo! Pero los campesinos no comprenden la república tal como tú dices que es. Al contrario, ahora comprendo que aquello que nosotros llamamos república es lo mismo que vosotros llamáis socialismo. ¿Pero no podría marchar adelante con el nombre de la república? ¿Qué nos importa el nombre! Lo esencial es que se hagan las cosas como se requiere.

*Jorge.* — Lo que dices es justo; pero hay en ello un peligro grande. Si el pueblo continúa creyendo que la república es un bien para él, cuando llegue un día en que ya no pueda más y haga la revolución, los republicanos lo contentarán en seguida, diciéndole que ya puede marcharse tranquilo a su casa y pensar en nombrar diputados, porque luego quedará todo arreglado.

El pueblo, crédulo como siempre, dejará el fusil y se desahogará en cantos, músicas y alegrías. Entre tanto, los señores todos se harán republicanos, rivalizarán en ser todo corazón para el pueblo, repartirán algún dinero, un poco de vino y muchas fiestas, pagarán algo mejor a los trabajadores y se harán nombrar diputados para alcanzar el poder. Después, poco a poco, dejarán calmar la tempestad y prepararán las fuerzas para refrenar al pueblo, el cual, un día se acordará que ha vertido su sangre por otros y que continúa peor que antes.

Como sucede muy pocas veces que el pueblo se rebela y salga vencedor, necesita que se aproveche de la primera ocasión y aplique en seguida el socialismo, no escuchando promesas, tomando directamente posesión de las riquezas, ocupando las casas, las tierras y los talleres. Al que le hable de república deberá considerársele y tratársele como a un enemigo, o si no, sucederá otra vez como en el 59 y el 60.

Las palabras parece que tienen poco valor, pero precisamente con las palabras ha sido como se ha burlado y engañado al pueblo.

*Pepe.* — Tienes razón; hemos sido tantas veces sacrificados, que necesitamos ahora abrir mucho los ojos.

Pero un gobierno siempre es necesario que lo haya. Si no hay alguno que mande, ¿cómo irían las cosas?

*Jorge.* — ¿Y por qué han de mandarnos? ¿por qué

no podremos arreglarnos según nuestros intereses?

Quien manda, procura siempre su comodidad e interés, y siempre, sea por ignorancia o por maldad, traiciona al pueblo. El poder pervierte siempre hasta a los más buenos. Además, se necesita, y esta es la razón principal por la que no queremos que nos manden, se necesita, repito, que los hombres cesen de ser un rebaño de ovejas, y se habitúen a pensar y sentir por medio de su dignidad y de su fuerza. El mando de unos, educa a los demás en la obediencia, y aunque tuviésemos un gobierno bueno este sería más corruptor, más perjudicial que un gobierno malo; durante su dominio, o el de sus inmediatos sucesores, sería más fácil que nunca un golpe de Estado que destruiría las mejoras conquistadas, restableciendo otra vez los privilegios y la tiranía. Para educar al pueblo en la libertad y en el uso de sus intereses, es preciso dejarlo que obre por sí mismo, hacerse sentir la responsabilidad de sus actos, tanto en el bien como en el mal que de ellos derivar puede. Obrará mal algunas y aun muchas veces; pero por las consecuencias que sufrirá, comprenderá que ha obrado mal, y buscará nuevos caminos para evitarlo, sin contar que el mal que pueda hacer un pueblo abandonado a sí mismo, no es ni la milésima parte del que hace el más benigno de los gobiernos. Para que un niño aprenda a caminar, es preciso dejarlo que camine, y no espantarse de algunas caídas y tropezones que puede dar.

*Pepe.* — Sí; pero para que el niño ande, necesita cierta fuerza en las piernas, o si no tiene que continuar en brazos de la madre.

*Jorge.* — Es verdad; pero los gobiernos no se parecen en nada a una madre, y no son ellos los que mejoran y fortalecen al pueblo; antes al contrario, todos los progresos sociales se cumplen casi siempre a pesar de los gobiernos. Estos, todo lo más que hacen, es traducir en leyes aquello que pasa a ser necesidad y voluntad de la masa y lo adulteran después por espíritu de dominio o monopolio. Hay pueblos más o menos avanzados, pero en cualquier estado de civilización, aun en el salvajismo, el pueblo atendería a sus intereses mejor de lo que podría hacerlo cualquier gobierno nacido de su seno.

Tú supones, según estoy viendo, que el gobierno está compuesto de los más inteligentes y capaces, y esto no tiene nada de verdad, porque generalmente los gobernados están compuestos, directamente o por delegación, por los que tienen más dinero. Pero aun que fuese lo que supones ¿acaso la gente inteligente resulta serlo porque ocupe el poder? Aquellos que poseen más capacidad, dejándolos en medio del pueblo, la ejercitarán a beneficio del pueblo y bajo su estímulo; puestos en el gobierno, no sintiendo ya las necesidades del pueblo, forzados a ocuparse de los intereses creados por la política o sea de mantenerse en el poder, más bien que de los intereses y necesidades reales de la sociedad, corrompidos por la falta de emulación y estímulo, distraídos del ramo de la actividad en que poseían una competencia real para dictar leyes sobre asuntos que ni siquiera conocían antes, concluirían, aun los más inteligentes y los mejores, por creerse de naturaleza superior, por cons-

(1) Este trabajo fué escrito en 1883, cuando todavía no era discutida entre los socialistas la teoría de Marx de la concentración de la riqueza en un número cada vez más reducido de personas.

Estudios posteriores, corroborados por nuevos hechos, han mostrado que hay otras tendencias que contrarrestan la tendencia a la concentración del capital, y que en la realidad el número de los propietarios tanto disminuye como aumenta, y la condición de los trabajadores empeora o mejora, por la acción de mil factores que cambian continuamente y reaccionan de modo diverso los unos sobre los otros.

Pero estas nuevas constataciones, lejos de debilitar la necesidad de una transformación radical del régimen social, demuestran que sería vano esperar que la sociedad burguesa muera por sí misma por la agravación progresiva de los males que produce, y que si los trabajadores quieren emanciparse e instaurar una sociedad de bienestar y de libertad para todos, deben expropiar, revolucionariamente, a los explotadores del trabajo ajeno, sean pocos o muchos. (Nota del autor, 1913).



tituirse en casta y ocuparse del pueblo sólo cuando se necesita esquilmarlo y tenerlo sujeto.

Sería, pues, mejor y más seguro que nosotros mismos pensáramos en nuestros intereses, principiando por lo que atañe a nuestra comunidad y a nuestros oficios los que conocemos mejor, y poniéndonos después de acuerdo con los otros países y otros oficios, no solamente de Italia, sino de todo el mundo, por que los hombres son todos hermanos, y su interés estriba en querer y ayudarse unos a otros. ¿No te parece?

Pepe. — Me persuades. Pero y los vividores, los ladrones y los malvados, ¿qué se hará de ellos?

Jorge. — Primeramente te diré que cuando no exista ya más miseria e ignorancia, todos estos tiempos poco existirán. Pero aunque existiese alguno, ¿hay por eso necesidad de tener un gobierno y policía? ¿Acaso no seremos buenos nosotros mismos para poner a raya al que no respete a los demás? Lo que haremos no será suprimirlos, como sucede hoy con los reos y aun con los inocentes; pero los pondremos en condiciones de que no puedan dañar, y haremos lo posible para volverlos al buen camino.

Pepe. — Así, pues, cuando sea un hecho el socialismo, todos estarán contentos y felices, y no habrá ya más miseria, odios, celos, prostituciones, guerras e injusticias.

Jorge. — No sé hasta qué punto de felicidad podrá alcanzar la humanidad; pero estoy convencido que viviremos lo mejor posible, y que se buscará el modo de mejorar e ir progresando, y los mejoramientos no serán ya, como hoy en beneficio solamente de unos pocos y en daño de muchos, sino que serán en bien de todos.

Pepe. — ¡Ojalá! ¿pero cuándo sucederá esto? Yo soy ya viejo, y ahora que sé que el mundo no continuará como hoy, me disgustaría morir sin haber visto a lo menos un día de justicia.

Jorge. — ¿Cuándo será? No puedo decirlo. Depende de nosotros; cuanto más trabajemos para abrir los ojos a los demás, más pronto vendrá.

Un buen trozo de camino ya está andado. Mientras poco años atrás sólo unos cuantos predicaban el socialismo y eran tratados de ignorantes, de locos o de charlatanes, hoy la idea es conocida de muchos, y los pobres que al principio sufrían pacientemente, o se rebelaban movidos por el hambre, pero sin conciencia de las causas y de los remedios de sus males, dejándose matar o matándose entre ellos, por cuenta de los señores, hoy en todo el mundo se agitan, se concertan entre ellos, se rebelan con la idea de libertarse de los amos y de los gobiernos, y no cuentan ya sino con sus propias fuerzas, comprendiendo al fin que todos los partidos en que se dividían los señores, son todos igualmente sus enemigos.

Activemos la propaganda ahora que el momento es propicio; unámonos todos los que comprendemos la cuestión: aticemos el fuego que arde en medio de la masa; aprovechémonos de todos los descontentos, de todos los movimientos, de todos los motines, demos un golpe vigoroso; sin miedo y pronto, muy pronto, el edificio burgués caerá en tierra y el reino de la libertad y del bienestar habrá principiado.

Pepe. — Está bien; pero procuremos no hacer las cosas sin contar con la huésped. Quitar la riqueza a los señores está pronto dicho; pero hay los soldados, la policía, la guardia civil, y ahora que en ellos pienso tengo miedo de sus grilletos y cárceles; sus cañones están contruidos para esto; para defender a los señores y no para otra cosa.

Jorge. — Esto se sabe amigo Pepe, la policía y el ejército están ahí para enfrentar al pueblo y asegurar la tranquilidad de los señores; pero si ellos tienen los fusiles y los cañones, no quiere decir que nosotros tengamos que hacer la revolución con las manos vacías. Sabemos muy bien disparar los fusiles y con la astucia y con la audacia podemos procurárnoslos; hay además la pólvora, la dinamita y todas las materias explosivas, las materias incendiarias y demás útiles que, si en manos del gobierno sirven para tener sujeto al pueblo a la esclavitud, en manos del pueblo sirven para conquistar la libertad. Las barricadas, las minas, las bombas y los incendios son los medios con los cuales se resiste al ejército, y no nos haremos rogar mucho para servirnos de ellos. Ya se sabe que la revolución no se hace con agua bendita y letanías.

Por otra parte, considera que los pobres son la inmensa mayoría y que si llegan a comprender las ventajas del socialismo, no hay fuerza en el mundo que pueda obligarles a quedarse como hoy están. Considera que los pobres son los que trabajan y lo producen todo, y que si solo una parte importante de ellos suspendiese el trabajo, habría un desequilibrio tal, un tal pánico, que la revolución se impondría en seguida como una única solución posible. Considera también que los soldados en general son también pobres, obligados por la fuerza a hacer de espías y verdugos con sus propios hermanos, y que apenas hayan visto y comprendido de lo que se trata, simpatizarán, primero en secreto, abiertamente después, con el pueblo, y podrás persuadirte que la revolución no es tan difícil como puede parecer a primera vista.

Lo esencial es tener siempre presente la idea de que la revolución es necesaria, estar siempre dispuesto a hacerla, prepararse continuamente... y no dudes que la ocasión, espontánea o provocada, no dejará de presentarse.

Pepe. — Tú dices eso y yo creo que tienes razón. Pero los hay también que dicen que la revolución no sirve y que las cosas maduran por sí mismas. ¿Qué dices a ello?

Jorge. — Debes saber que desde que el socialismo se ha hecho poderoso y los "burgueses" o sean los señores, han principiado a tener miedo seriamente, están intentando todos los medios para cambiar la marcha de la tempestad y engañar al pueblo. Todos han dicho que eran socialistas, hasta los emperadores... y dejó a consideración qué clase de socialismo se habrá inventado. Del seno de nuestros propios compañeros han salido, desgraciadamente, traidores que, aterrorizados por la importancia que los burgueses les daban para atraérselos y por las ventajas que podían obtener, abandonando la causa revolucionaria, se han puesto a predicar las "vías legales", las elecciones, la alianza con los partidos que

dicen ser afines, y de esta manera hánse procurado un puesto en la burguesía y tratan de locos o peor a todos aquellos que queremos hacer la revolución. Muchos de ellos dicen que también quieren efectuar la revolución; pero entretanto... quieren que los nombren diputados.

Cuando alguno te diga que la revolución no es necesaria o te hable de nombrar diputados o concejales comunales, o de hacer causa común con una fracción cualquiera de la burguesía, si es un compañero tuyo, y que como tú trabaja, procura persuadirle de su error; pero si es un burgués o uno que quiere serlo, considéralo como un enemigo y continúa con la misma idea.

Basta; otra vez hablaremos más largamente de toda esta cuestión. Hasta la vista.

Pepe. — Hasta la vista, y estoy contento porque me has hecho comprender muchas cosas que, ahora que me las has explicado, me parece imposible que no se me hayan ocurrido antes. Hasta la vista.

Pepe. — Espera, ahora que estamos reunidos, para no separarnos con la boca seca, vamos a beber un vasito, y entretanto te preguntaré alguna otra cosa. Todo lo que me has dicho lo he comprendido... después recapacitaré en ello y procuraré persuadirme por mí mismo. Pero tú no me has dicho casi ninguna de aquellas palabras difíciles que oigo pronunciar siempre que se habla de estas cosas y que me enredan la cabeza porque no las comprendo. Por ejemplo, he oído decir que vosotros sois *comunistas, socialistas, internacionalistas, colectivistas, anarquistas* y qué sé yo. ¿Puede saberse qué significan precisamente estas palabras y qué es lo que sois verdaderamente?

Jorge. — ¡Ah! justo; has hecho bien en preguntarme esto, porque las palabras son necesarias para entenderse y distinguirse; pero cuando no se comprenden bien, son causa de confusiones.

Debes saber, pues, que los "socialistas" son aquellos que creen que la miseria es la causa primera de todos los males sociales, y que hasta que no se la haya hecho desaparecer, no habrá modo de destruir la ignorancia, la esclavitud, la desigualdad política, la prostitución y todos los demás males que mantienen al pueblo en tan terrible estado y que son, sin embargo, casi nada comparados con los sufrimientos que se derivan directamente de la miseria. Los "socialistas" creen que la miseria depende del hecho de que la tierra y todas las primeras materias, las máquinas y los instrumentos del trabajo pertenezcan a unos pocos individuos, los cuales disponen por esto de la vida y muerte de la clase trabajadora, y se encuentran en un continuo estado de lucha y competencia, no sólo contra los *proletarios*, que nada poseen, sino entre ellos mismos, para disputarse unos a otros la propiedad. Los "socialistas" creen que aboliendo la propiedad individual, o sea la causa, se abolirá al propio tiempo la miseria, o sea el efecto. Y esta propiedad se puede y debe abolir, por que la producción y la distribución de las riquezas debe hacerse según el interés actual de los hombres, sin ninguna consideración a los llamados derechos

conquistados, o sean los privilegios que los señores actuales se abrojan con la excusa de que sus antepasados fueron más fuertes o más afortunados, y astutos, o sea más virtuosos o laboriosos que los demás.

Así, pues, se da el nombre de "socialistas" a todos aquellos que quieren que la riqueza social sirva a todos los hombres, y que quieren también que desaparezcan los propietarios y los proletarios, ricos o pobres, amos o subordinados.

Años atrás, esto era regla sabida; bastaba llamar se "socialista" para que uno fuera perseguido y odiado de los señores, los cuales hubieran preferido mejor un millón de asesinos que un solo socialista. Pero, como ya he dicho, cuando los señores y todos aquellos que quieren serlo, vieron que, a pesar de todas sus persecuciones y calumnias, el "socialismo" avanzaba y el pueblo principiaba a abrir los ojos, pensaron en que había necesidad de enredar la cuestión para mejor engañarlo; muchos de ellos principiaron por decir que también eran socialistas, porque ellos también querían el bien del pueblo y comprendían perfectamente la necesidad de destruir o disminuir la miseria. Primero dijeron que la cuestión social, o sea la cuestión de la miseria y males que de ella derivan, no existía; hoy que el socialismo los amedrenta, dicen que es socialista todo aquel que estudia dicha cuestión social, como podría llamarse médico al que estudiara una enfermedad, no con la intención de curarla, sino de alargarla todo lo posible.

Así, pues, hoy se encuentran personas que se llaman socialistas, entre los republicanos, realistas, magistrados, policías, en todas partes, y su socialismo consiste en entretener al pueblo o hacerse nombrar diputados prometiendo cosas que, aunque quisieran no podrían mantenerlas.

Hay ciertamente, entre estos falsos socialistas, algunos de buena fe, y que creen obrar bien; pero, ¿qué importa? Si uno, creyendo hacerlos bien, os mata a bastonazos, procuraríais seguramente quitarle el palo de las manos, y todas sus buenas intenciones servirían a lo sumo para evitar que le rompíais la cabeza, cuando se lo hubiérais quitado.

Por eso, cuando uno os dice que él es "socialista", preguntadle si quiere abolir la propiedad individual, o en una palabra, si quiere o no desposeer a los señores de todas sus riquezas para ponerlas en común. Si responde que sí, abrazadlo; si no, poneos en guardia, porque trataréis con un enemigo.

Pepe. — Así, pues, tú eres "socialista"; he comprendido. ¿Pero qué es lo que quiere decir *comunista* y *colectivista*?

Jorge. — Los *comunistas* y los *colectivistas* son todos *socialistas*; pero tienen ideas diversas respecto a lo que debe hacerse, después que la propiedad sea común; haz memoria, pues creo haber explicado algo de esto. Los *colectivistas* dicen que cada trabajador, o mejor dicho, cada asociación de trabajadores, debe poseer las primeras materias y los instrumentos para trabajar, y cada uno debe ser dueño del producto de su trabajo. Mientras que uno vive,

lo gasta o lo conserva, hace de él lo que quiere, menos hacerlo servir para hacer trabajar a los demás por su cuenta, y cuando muere, si ha ahorrado algo, vuelve a la comunidad. Sus hijos tienen, naturalmente, los medios para poder trabajar y gozar del fruto de su trabajo y dejarlo heredar sería un primer paso para volver a la desigualdad y al privilegio. En lo referente a la instrucción, al mantenimiento de los niños, de los viejos o inutilizados por el trabajo; de las calles, agua, iluminación e higiene pública, y para todas aquellas cosas que deben realizarse en beneficio de todos, cada asociación de trabajadores aportaría un tanto para compensar a los que desempeñan estos oficios.

Los *comunistas* van más lejos aún, diciendo: ya que para adelantar bien es necesario que los hombres se amen y se consideren como miembros de una sola familia; ya que la propiedad debe ser común, ya que el trabajo para ser muy productivo y servir de las máquinas, debe hacerse por grandes colectividades obreras; ya que, para aprovechar todas las variaciones del terreno y condiciones atmosféricas y hacer que cada lugar produzca lo que mejor a él se adapte, y para evitar, por otra parte, la competencia y los odios entre diferentes países y que la gente acuda a los puntos más ricos, es necesario establecer una solidaridad perfecta entre todos los hombres del mundo, como que, además, sería una cosa muy difícil distinguir en un producto la parte que a cada factor diverso pertenece, en lugar de confundirnos con lo que cada uno puede haber trabajado, trabajemos todos y pongámoslo todo en común.

Así, cada individuo dará a la sociedad todo aquello que sus fuerzas le permitan dar, mientras no existan productos suficientes para todos; y cada uno tomará todo aquello que necesite, limitándose, se entiende, en todas aquellas cosas en las cuales no se haya podido llegar a la abundancia.

*Pepe.* — Un momento. Antes debes explicarme qué significa la palabra *solidaridad*, porque has dicho que debe existir una *solidaridad* perfecta entre todos los hombres, y yo, a decirle verdad, no lo he comprendido.

*Jorge.* — Por ejemplo, en tu familia, todo aquello que ganas tú, tus hermanos, tu mujer, los hijos, lo ponéis en común. En común, os repartís la comida, y si no hay bastante para todos, todos juntos coméis menos. Ahora, si uno de vosotros tiene una fortuna o gana más dinero, es un bien para todos; si, al contrario, uno queda sin trabajo o se pone enfermo, es mal para todos, porque ciertamente, entre vosotros, aquél que no trabaja come igual que los demás, y aquel que está enfermo causa gastos mayores a veces. De esta manera sucede que en vuestra familia, en lugar de quitaros unos a otros el pan de la boca procuráis ayudaros, porque el bien de uno lo es de todos y el mal de otro también. De este modo se evitan los odios y la envidia y se desarrolla un efecto recíproco, que no existe nunca en aquella familia cuyo intereses están divididos.

Esto se llama *solidaridad*. Se trata, pues, de establecer entre todos los hombres las mismas relacio-

nes que existen en una familia, cuyos individuos se quieren de verdad.

*Pepe.* — He comprendido. Ahora, volviendo a la cuestión, dime si tú eres *comunista* o *colectivista*.

*Jorge.* — Soy *comunista* porque cuando se ha de ser amigos, vale más serlo por completo que amigos a medias. El *colectivismo* deja aún los gérmenes de la rivalidad y del odio. Pero aún hay más. Si cada uno pudiese vivir con lo que él mismo produce, el *colectivismo* sería siempre inferior al *comunismo*, porque tendería a mantener a los hombres aislados, y, por consiguiente, disminuiría sus fuerzas y sus afectos; pero a pesar de esto, podríase marchar con él. Pero como, por ejemplo, el zapatero no puede comer zapatos, ni el fundidor hierro y el agricultor no puede fabricar por sí mismo todo aquello que necesita, y no puede siquiera cultivar la tierra sin los operarios que extraen el hierro y los que fabrican los instrumentos, y así todo lo demás, habría necesidad de organizar el cambio entre los diversos productores, teniendo en cuenta para cada uno aquello que produce. Entonces sucedería necesariamente que el zapatero, por ejemplo, procuraría dar el mayor valor posible a sus zapatos, y pretendería por un par de ellos adquirir la mayor cantidad posible que quisiera de otros productos, y el agricultor por su parte procuraría darle la menor cantidad posible. ¿Quién sería capaz de arreglarlo? El *colectivismo* me parece que daría lugar a una cantidad de cuestiones y se prestaría siempre a muchos enredos que, a durar mucho, tal vez nos volverían al punto de partida.

El *comunismo*, por el contrario, no da lugar a ninguna dificultad; todos trabajan y todos disfrutan de todo. Basta sólo saber cuáles son las cosas que se necesitan para satisfacer a todos, y hacer de modo que todas estas cosas sean abundantemente producidas.

*Pepe.* — ¿En el *comunismo* no habría, pues, necesidad de moneda?

*Jorge.* — Ni de moneda ni de nada que la substituyese. Nada más que un registro de las cosas pedidas y de las producidas, para tener siempre la producción a la altura de las necesidades.

La sola dificultad sería si hubiese muchos que no quisieran trabajar; pero ya he dicho las razones por las cuales el trabajo, que hoy es una pena tan grave, se cambiaría en un placer, al mismo tiempo que en una obligación moral, que sólo un loco podría rechazar. También he dicho que lo peor que puede suceder si por efecto de la mala educación que hemos recibido o por alguna privación a la cual deberíamos substraernos antes que la nueva sociedad fuese organizada y la producción multiplicada en proporción de las nuevas necesidades, si, repito, hubiese quienes no quisieran trabajar o que quisieran crear dificultades, todo se reduciría a echarlos de la comunidad, dándoles las primeras materias y los instrumentos de trabajo, para que trabajaran por su cuenta. Así, cuando quisieran comer, se pondrían a trabajar. Pero ya verás como estos casos no abundarán.

Además, que lo que nosotros queremos hacer por la fuerza es poner en común los terrenos, materias

primas, instrumentos de trabajo, edificios y todas las riquezas que actualmente existen. Referente al modo de organizarse y de distribuir la producción, el pueblo hará lo que quiera, tanto más cuanto que una cosa es decir y otra hacer y que sólo en la práctica puede verse cuál es el mejor sistema. Hasta puede preverse, casi con certeza, que en unos sitios se establecerá el comunismo, en otros el colectivismo y en otros otra cosa, y cuando se haya visto cuál sistema es el mejor, los demás lo irán adoptando.

Lo esencial recuérdalo bien, es que nadie empiece queriendo mandar a los demás y apropiarse de la tierra y útiles de trabajo. A esto hay que estar atentos, para impedirlo, si sucediera, aunque tuviéramos que recurrir a las armas; lo demás irá por sí solo.

*Pepe.* — Esto también lo he comprendido. Dime ahora, ¿qué es la *anarquía*?

*Jorge.* — *Anarquía*, significa no gobierno. ¿No te he dicho ya que el gobierno no sirve sino para defender a los señores, y que cuando se trata de nuestros intereses, lo más lógico es que procuremos por ellos nosotros mismos, sin que alguien venga a mandarnos? En lugar de nombrar diputados y consejeros comunales que hacen y deshacen, a los cuales nos toca obedecer, trataremos nosotros mismos lo que nos atañe y decidiremos lo que hay que hacer, y cuando para poner en ejecución nuestras deliberaciones hubiese necesidad de encargarlo a alguno, le encargáramos hacer tal o cual cosa y nada más. Si se tratase de cosas que no pueden establecerse en seguida, entonces encargaríamos a los que son capaces de ello; que lo vieran, estudiaran y propusieran; de todos modos nada se efectuaría sin nuestra voluntad. Así, nuestros delegados, en lugar de ser individuos a los que habríamos dado el derecho de mandarnos, serían personas escogidas entre las más inteligentes en todas las materias, que no tendrían autoridad y si sólo lo el deber de efectuar lo que los interesados quisieran; por ejemplo: uno se encargaría de organizar las escuelas, o trazar una calle o proveer al cambio de productos, de la misma manera como se encarga hoy al zapatero que haga un par de zapatos.

Esto es la *anarquía*. Además, que si quisiera explicarte todo lo que sobre este tema hay que hablar, debería explicar otro tanto más de lo que ya hemos hablado. Otra vez lo haremos más extensamente.

*Pepe.* — Está bien, pero entretanto, ya que me has excitado la curiosidad, te pido que me des otra explicación respecto a lo mismo.

Explicame cómo debería arreglarme, pobre ignorante como soy, para entender todas aquellas cosas que llaman política y efectuar por mi mismo lo que hacen los ministros y diputados.

*Jorge.* — ¿Qué es lo que hacen ministros y diputados para que tengas que lamentarte de no saberlo hacer? Hacen las leyes y organizan la fuerza para sujetar al pueblo y garantizar la expoliación que ejercen los propietarios: he ahí todo. Esta ciencia no tenemos ninguna necesidad de aprenderla.

Verdad es que los ministros y diputados se ocupan de muchas cosas que son buenas y necesarias; pero mezclarse en ellas para volverlas en provecho de una clase dada o de una persona, o entorpecer el desarrollo con reglamentos inútiles y vejatorios no quiere



esto significar que uno se ocupe de dichas cosas. Por ejemplo: esos señores intervienen en los asuntos ferroviarios; pero para construir y aprovechar un ferrocarril, no hay ninguna necesidad de ellos, como no hay necesidad de los accionistas; bastan los ingenieros, los mecánicos, obreros y empleados de todas categorías, y estos siempre subsistirán, aun cuando los ministros, diputados, y otros parásitos hayan completamente desaparecido.

Lo mismo puede decirse del correo, del telégrafo, de la navegación, de la instrucción pública, de los hospitales, cosas todas ellas efectuadas por trabajadores diversos, como empleados postales, telegrafistas, marineros, maestros, médicos y en las cuales el gobierno sólo se introduce para estorbar, usar y esquilmar.

La política, tal como la entienden y efectúan las gentes de gobierno, es para nosotros una cosa difícil, porque se ocupa de cosas que, a nosotros, los trabajadores, nos importan dos cominos y porque no tienen nada que ver con los intereses reales de la población, a la que se preocupa sólo de engañar y dominar. Si, al contrario, se tratase de establecer lo mejor posible las necesidades del pueblo, entonces resultaría mucho más difícil para el diputado que para nosotros.

De hecho, ¿qué quieres que sepan los diputados que viven en Roma de las necesidades de todas las ciudades y campiñas de Italia? ¿Cómo quieres que gente que, generalmente, ha perdido su tiempo en el latín y el griego y lo pierde actualmente con peor utilidad, pueda comprender los intereses de los diferentes oficios? De otra manera sucedería si cada uno se ocupase de las cosas que sabe y de las necesidades que siente y ve.

Hecha la revolución, necesitamos principiar las cosas por abajo e ir subiendo gradualmente. El pueblo se encuentra dividido en agrupaciones y en cada una hay diversos oficios que en seguida, bajo el efecto del entusiasmo y el impulso de la propaganda, se constituirán en asociaciones. Ahora dime, los intereses de vuestra agrupación y de vuestro oficio, ¿quién mejor que vosotros los comprenderá?

Cuando se trate de poner de acuerdo muchas agrupaciones, u oficios, los delegados respectivos llevarán a una asamblea a propósito los votos de los que los envíen y tenderán a armonizar las diversas necesidades y los varios deseos. Las deliberaciones estarán siempre sujetas a la comprobación y aprobación de los mandantes, de modo que no hay peligro de que los intereses del pueblo sean relegados al olvido.

Y de este modo se procederá hasta poner de acuerdo a todo el género humano.

Pepe. — Pero si en un país o en una asociación hay quien lo comprende de una manera y quien de otra, ¿cómo se arreglará? Vencerán los que estén en mayoría, ¿verdad?

Jorge. — De derecho no, porque ante la verdad y la justicia, el número no tiene valor y a veces uno solo puede tener razón contra cien. En la práctica se arreglará como se pueda; se harían esfuerzos por conseguir la unanimidad cuando fuese posible, o se remitiría la decisión a una tercera persona árbitra, salvo siempre la inviolabilidad de los principios de igualdad y de justicia, por los cuales se rige la sociedad.

Nota, sin embargo, que las cuestiones en que no podrá ponerse de acuerdo sin recurrir al voto o al arbitraje, serán muy pocas o de escasa importancia, porque no existirán ya las divisiones de intereses como existen hoy, porque cada uno podrá elegir el país y la asociación, o sea los compañeros más afines, y, sobre todo, porque se tratará siempre de decidir sobre asuntos claros, que todos puedan comprender y que pertenecen más bien al campo positivo de la ciencia que al campo movible de la opinión. Y cuanto más se adelantará, tanto más inútil será el voto, anticuado y hasta ridículo, porque cuando se haya encontrado, mediante la experiencia, en un problema dado, la solución que mejor satisfaga las necesidades de todos, entonces habrá sólo necesidad de demostrar y persuadir, no de aplastar con una mayoría numérica a la opinión contraria. Por ejemplo, ¿no os haría reír el que se llamase hoy a los campesinos a votar sobre la época en que se debe sembrar el trigo, cuando ese es un asunto solucionado ya por la experiencia? Y si no fuese así ¿recurriríais al voto o a la experiencia? Así pasará con todo lo que se refiere a la utilidad pública y privada.

Pepe. — Pero, ¿y si, a pesar de todo, hubiese quien por un capricho cualquiera quisiera oponerse a una deliberación acordada en interés de todos?

Jorge. — Entonces claro está que se necesitaría recurrir a la fuerza, porque, si no es justo que una mayoría oprima a una minoría tampoco lo es lo contrario, y como las minorías tienen el derecho de insurrección, las mayorías lo tienen de defensa, y, no ofenda la palabra, el de represión.

No olvidéis que siempre y en todas partes los hombres tienen el derecho imprescriptible a las materias primeras y a los útiles de trabajo, así es que pueden siempre separarse de los demás y quedar libres e independientes. Verdad que esta no es una solución satisfactoria, porque así los disidentes quedarían privados de muchas ventajas sociales que el individuo aislado o el grupo no puede producir y que reclaman el concurso de toda una gran colectividad... ¿quién quiere? los mismos disidentes no podrían pretender que la voluntad de muchos fuese sacrificada a la de pocos.

Convéncete; fuera de la solidaridad, del amor, de la mutua asistencia y cuanto surge de la mutua tolerancia, no hay sino tiranía y guerra civil; pero ten la seguridad de que, como la tiranía y la guerra civil dañan a todos indistintamente, apenas los hombres sean árbitros de sus destinos, se inclinarán a la solidaridad, por la cual solamente pueden realizarse nuestros ideales, y por ellos la paz, el bienestar y el progreso universal.

Nota también que el progreso, mientras tiende a solidarizar cada día más a los hombres entre sí, tiende también a hacerlos más independientes y capaces de bastarse a sí solos. Por ejemplo: Hoy para viajar rápidamente por tierra, hay que recurrir al ferrocarril, el cual requiere, para ser construido y aprovechado, el concurso de gran número de personas; así es que cada uno está obligado, aun dentro de la anarquía, a adaptarse al trazado, al horario y a las otras reglas que la mayoría cree mejores. Pero si mañana se inventa una locomotora que un hombre solo pueda manejar sin peligro para él y para los demás, en una calle cualquiera, hete ahí que ya no hay necesidad de contar en este caso con el parecer de los demás, y cada uno puede viajar por donde le parezca y a la hora que guste.

Y así en miles de otros casos que podrían citarse en la actualidad o que el porvenir encontrará. Puede decirse que la tendencia del progreso es hacia un género de relaciones entre los hombres que puede definirse en la siguiente forma: *solidaridad moral e independencia material.* (1)

Pepe. — Está bien. Tú, pues eres socialista y en-

(1) Desde la época en que se ha escrito este libro, la previsión se ha realizado. El automóvil da ya el medio de viajar por todas partes y rápidamente sin la necesidad de una organización complicada y de reglas rigurosas como son las exigidas por el servicio ferroviario. Y la aeronavegación está ya bastante adelantada para dar a los individuos mayor independencia y suprimir muchas desigualdades dependientes hoy de la posición topográfica de las diversas localidades.

Así la invención del motor eléctrico, con la posibilidad de llevar la fuerza motriz a todas partes y en toda cantidad, ha hecho que se puedan utilizar las máquinas incluso a domicilio, y ha suprimido en gran parte la necesidad de las grandes fábricas que imponía la máquina a vapor para que pudiese ser empleada económicamente.

Así la telegrafía sin hilos tiende a suprimir la necesidad de un complicado servicio telegráfico. El progreso de la química y de la agricultura tiende a hacer apto para todo género de cultivo cualquier pedazo de tierra. — (Nota del autor, 1913).

tre los socialistas, eres comunista y anarquista: ¿por qué te llaman, además internacionalista?

Jorge. — Los socialistas han sido llamados *internacionalistas* porque la primera gran manifestación del socialismo moderno fué la *Asociación Internacional de los Trabajadores*, que para abreviar se llama la *Internacional*.

Esta asociación, nacida en 1864, con el objeto de unir los trabajadores de todas las naciones en la lucha por la emancipación económica, tenía al principio un programa muy determinado. Al determinarse se dividió en varias fracciones, y la parte más avanzada llegó hasta a formular y propagar los principios del socialismo anárquico, que es lo que he intentado explicar.

Actualmente esta asociación ha dejado de existir, en parte por haber sido perseguida y proscrita, en parte por las divisiones intestinas y por las varias opiniones que se disputaban el campo. De esta asociación ha nacido el gran movimiento obrero que actualmente agita el mundo, y los varios partidos socialistas de los diversos países, y el *partido internacional socialista-anárquico revolucionario*, que ahora se está organizando para dar el golpe mortal al mundo burgués.

Este partido tiene por objeto propagar con todos los medios posibles los principios del socialismo anárquico; combatir toda esperanza en las concesiones voluntarias de los amos o del gobierno y en las reformas graduales o pacíficas; despertar en el pueblo la conciencia de sus derechos y el espíritu de rebeldía y empujarlo a ayudarlo a efectuar la revolución social, o sea a destruir el poder político o gobierno y a poner en común todas las riquezas existentes.

Forma parte de este partido, el que acepta su programa y quiere combatir junto con los demás para su ejecución. No teniendo el partido jefes ni autoridad de ninguna especie y estando fundado en el acuerdo espontáneo y voluntario entre los combatientes por la misma causa, cada uno conserva la plena libertad de juntarse íntimamente con quien tenga por conveniente, practicar aquellos medios que cree preferibles y propagar sus ideas particulares, mientras no se ponga en contradicción con el programa o con la táctica general del partido, en cuyo caso no podría ser considerado como miembro del partido.

Pepe. — Todos aquellos que aceptan los principios socialista-anárquico-revolucionarios, ¿son miembros de ese partido?

Jorge. — No; porque uno puede estar de acuerdo con nuestro programa, pero puede, por una razón cualquiera, preferir luchar solo o de acuerdo con unos pocos, sin contraer vínculos de solidaridad o de cooperación efectiva con la masa de aquellos que acepten el programa. Este puede ser también un método bueno para ciertos individuos y para ciertos fines inmediatos que uno se proponga; pero no puede aceptarse como método general, porque el aislamiento es causa de debilidad y crea antipatías y rivalidades allí donde hay necesidad de fraternización y concordia.

En cualquier caso, nosotros consideramos siempre como amigos y compañeros a todos aquellos que de

cualquier modo combatan por las ideas por las cuales también nosotros combatimos.

Puede haber individuos que están convencidos de la verdad de la idea, y, sin embargo, se están en casa, sin ocuparse de propagar aquello que creen justo. A éstos no se les puede decir que no sean socialistas y anarquistas de idea, puesto que piensan como nosotros; pero es cierto también que deben tener la convicción muy débil o el ánimo tímido; porque cuando uno ve los males terribles que le afligen a él y a sus semejantes y cree conocer el remedio que ha de ponerles fin, si tiene algo de corazón, ¿cómo puede mantenerse tranquilamente sin obrar?

El que no conoce la verdad, no es culpable; pero lo es grandemente quien la conoce y hace como si la ignorara.

Pepe. — Tienes razón y apenas haya reflexionado un poco sobre todo lo que me has dicho y me haya persuadido buenamente, quiero entrar yo también en el partido y propagar estas santas verdades, y si después los señores me llaman a mí también malhechor y criminal, les diré que vengan a trabajar y sufrir como yo lo hago, y sólo entonces tendrán derecho a hablar.

F I N

EDITORIAL "LA PROTESTA"

NUEVAS EDICIONES

- Eliseo Reclus: LA ANARQUIA Y LA IGLESIA . . . . . 0.10
  - Anselmo Lorenzo: EL DERECHO A LA EVOLUCION . . . . . 0.10
  - Juan Crusao: CARTA GAUCHA, séptima edición . . . . . 0.10
  - P. Kropotkin: A LOS JOVENES L. Fabbri: ¿QUE ES LA ANARQUIA? . . . . . 0.10
  - D. A. de Santillán: LA JORNADA DE SEIS HORAS, tercera edición . . . . . 0.10
  - Ana Maria Mozzoni: A LAS HIJAS DEL PUEBLO . . . . . 0.10
  - Eliseo Reclus: A MI HERMANO EL CAMPESINO . . . . . 0.10
- De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sindicatos y compañeros.

D. R. DE VERA

## Los anormales del carácter en las escuelas y en los reformatorios

Extracto de la conferencia pronunciada por el camarada Prof. Domingo R. de Vera en el Museo Pedagógico de Montevideo, en el curso oficial de vacaciones celebrado en enero último.

En nuestra conferencia anterior hemos tratado de evidenciar a la luz clarísima de las ciencias experimentales, que el niño es un producto biológico y social, que no nace mentiroso, caprichoso, cleptómano, homicida, delincuente, ni tampoco con el alma angelical; pero que se pueden traer al abrir los ojos a la vida morbosa hereditaria, gérmenes fatales de desequilibrio, o bien cuerpo y alma sanos y puros pre-dispuestos a la alegría y al bien.

Hemos dicho, ateniéndonos a la autorizada palabra de eminentes hombres de ciencia y de ilustres pedagogos, que la medicina y la pedagogía poseen medios positivos para neutralizar las influencias nocivas del ambiente, atenuar cuando no curar muchas de las múltiples enfermedades que como regalo hereditario recibe el niño aun antes de haber nacido.

Hemos sostenido que la educación es — a nuestro juicio — capaz de realizar verdaderos milagros en lo que respecta a la formación del carácter, a la delimitación de la personalidad moral del individuo.

Al estudiar las determinantes del fracaso de los sistemas pedagógicos en vigencia, expresamos que los maestros — llamados impropia y educacionistas — en su afán de enseñar, preocupados por el enciclopedismo, nos hemos olvidado del niño, y sólo hemos visto el conjunto heterogéneo de la clase convertida por nuestra voluntad en una masa homogénea que debe obedecer mecánicamente a nuestras arbitrarias exigencias.

Ha sido necesario que psicólogos, fisiólogos y antropólogos nos advirtieran de nuestro error para que abriéramos los ojos a la realidad.

El Prof. Luis Morzone, Inspector de enseñanza de niños anormales en la Provincia de Buenos Aires, efectuó en el mes de octubre último una interesante encuesta en 213 escuelas correspondientes a diez distritos, con los siguientes resultados: sobre un total de 50.000 niños se encontraron 1.574 con dificultades de articulación (disártricos, dislátricos, etc.); 414 tartamudos; 221 sordastros; 1.452 que repetían el grado sin motivos justificados de orden pedagógico; 1.592 faltos de la riqueza mental necesaria para seguir el curso paralelamente con la mayoría de sus compañeros; 1.072 indisciplinados; 651 asténicos, impotentes por abulia o apatía orgánica para reaccionar a los estímulos pedagógicos de práctica en las escuelas comunes; 543 caprichosos, mentirosos, cleptómanos, impulsivos, violentos en sumo grado; 404 adenóides; 120 con tics. A estas cifras habría que añadir el crecidísimo número de los frenasténicos leves, los

moralmente abandonados y los denominados incorregibles recluidos en asilos y reformatorios.

— Dificil resulta concebir que todavía hoy se pretenda hacer pedagogía positiva manteniendo el error monstruoso de someter a todos estos elementos física, psíquica y fisiológicamente tan diferentes a un mismo régimen disciplinario, a un idéntico sistema de instrucción y educación.

No nos ocuparemos hoy de los defectuosos de pronunciación, sordastros, tartamudos, etc., porque éstos serán motivo de un trabajo especial en el que trataré de demostrar la necesidad imperiosa de llevar de inmediato a la escuela la ciencia de la ortofonía.

Quedarán también fuera de nuestro estudio los imbeciles, idiotas, frenasténicos graves, individuos considerados incurables e incorregibles. Son, éstos, dignos de nuestra consideración desde el punto de vista humano, pero — ineducables — no nos ofrecen interés pedagógico. Son elementos de hospicio irremediablemente perdidos para la vida social.

Dirigiremos nuestra atención a esos anormales y falsos anormales del carácter, elementos educables que vegetan en nuestras escuelas actuales constituyendo un verdadero tormento para los maestros y un peligro para los niños mental y moralmente equilibrados. Pero, previamente, hagamos un examen de conciencia. Preguntémosnos: ¿Esos millares de alumnos que por sus manifestaciones exteriores calificamos de indisciplinados, violentos, impulsivos, amorales, han merecido de nosotros los maestros la debida atención? ¿Los hemos estudiado en su constitución anatómica, en su fisiología, en sus exponentes psíquicos? ¿Hemos averiguado las causas biológicas y mesológicas que los han llevado a ese manifiesto estado de rebeldía que consideramos patológica?

— ¡No! Nuestra falta de especialización en el conocimiento de las leyes de la antropología pedagógica y de la psicología experimental no nos lo ha permitido.

Ni aun a los maestros especializados les sería dado realizar esa función dentro del actual sistema de organización escolar. Se lo impedirían la amplitud de los programas, la obligación de instruir al mayor número, las reclamaciones de los padres que sólo piden que sus hijos sepan; las exigencias de las autoridades encargadas del contralor del trabajo escolar, quienes — salvo raras excepciones — formulan sus juicios con respecto a los valores reales del maestro sobre la base cuantitativa de los conocimientos adquiridos por los alumnos.

A esos millares de niños los abandonamos, por lo general y esto en el mejor de los casos, a sus propias fuerzas, cuando no contribuimos con nuestros procedimientos irracionales a agudizar sus congénitas predisposiciones a la inmoralidad y a la violencia.

— ¡Y ahí tenemos a la escuela sirviendo de factor negativo en el campo educacional, justificando la afir-

mación de Ellen Key de que "en la escuela se deforman los cuerpos y se matan las almas".

Son, sin embargo, estos proscriptos de la educación, en primer término, los que nos dan el mayor porcentaje en el ejército creciente de la delincuencia y serán los que mañana, ladrones vulgares, nos acecharán en la sombra para desvalijarnos, o, asesinos alevés, nos esperarán a la vuelta de una esquina para cortar el hilo de nuestra existencia; comerciantes inescrupulosos, nos envenenarán con tal de obtener beneficios particulares; políticos sin un átomo de conciencia, nos empujarán insensiblemente a una dolorosa guerra intestina o a una hecatombe internacional por la satisfacción de bajos apetitos o de placeres morbosos. En la esfera de acción que les toque actuar serán siempre enemigos irreconciliables de todo aquel que se oponga a la libre explosión de sus instintos.

En los tiempos felizmente pretéritos en que se consideraba al hombre volitivamente libre, dueño absoluto de su yo y con facultades para determinarse, el criterio ético predominante con respecto al delincuente, era la *venganza*. Primero la venganza se ejerció individualmente como forma de justicia para defender la dignidad, el honor y la solidaridad. Más tarde se estableció la administración social de la justicia, pero siempre sobre la *venganza* del agravio inferido al individuo, a la familia, a la sociedad.

No entra en el objetivo de esta conferencia el análisis del delito y del delincuente desde el punto de vista del Derecho criminal, aunque mucho nos interesaría el estudio de la evolución del concepto jurídico y sociológico a ese respecto, a través de los tiempos. Sólo recordaremos que desde la antigüedad se consideró el delito como un *ante jurídico*, elemento único a quien debía tener en cuenta la sociedad en sus reacciones de defensa.

Sobre ese principio — y haciendo abstracción del agente del delito, el delincuente — descansa todo el vasto edificio de la legislación penal.

La escuela positiva, la que tiene en cuenta el delito sólo como elemento contribuyente para el estudio profundo del delincuente, la que se inicia con Lombroso, Ferri y otros célebres criminalistas, aunque ha abierto una amplia brecha en el campo de la ciencia jurídica, no ha logrado todavía destruir los viejos moldes de la escuela clásica.

Desgraciadamente, aun en nuestros días, a pesar del avance de las doctrinas naturalistas, a pesar de haberse impuesto los nuevos conceptos sobre el delincuente y su responsabilidad, se sigue aplicando en casi todos los países la justicia penal de acuerdo con los viejos principios, con los antiquados códigos; todavía hoy se reclama a los jueces justicia contra los autores del delito, considerando el delito en sí mismo, y en nombre de la sociedad agraviada.

Pues bien: en la mayoría de nuestras escuelas y en los reformatorios, por comodidad de los maestros o por necesidad del régimen, se sigue aplicando también, disciplinariamente, el mismo método irracional de los viejos tiempos.

Se clasifica a los niños en buenos y malos y, por lo tanto, se les premia o castiga, no de acuerdo con el esfuerzo personal de cada uno, sino con las características de adaptación al sistema escolar en vigencia.

Con este criterio se considerará alumno bueno al *asténico*, ese tipo sin voluntad que jamás se moverá de su sitio, ni responderá mientras no lo obliguen, ni reaccionará con energía frente a ningún reproche, ni se defenderá aunque lo humillen; y se con-

siderará *mallo* al tipo vivaz, enérgico, activo, inestable, siempre pronto a manifestar con fuerza su gran carácter en germen.

Casi todos los autores consideran a los niños malos como enfermos víctimas de taras hereditarias y de influencias deletéreas del ambiente social. Es conveniente significar, una vez más, que al decir malos no nos referimos a los así calificados por padres equivocados, poco observadores, que en gran parte son elementos que por exceso de salud se rebelan contra los métodos que violentan su naturaleza.

Haremos un breve estudio psicológico de esos niños anómalos del carácter que se distinguen por la tendencia a los actos inmORALES y que dan el mayor porcentaje de delinquentes.

Se les considera a éstos en el grupo de los *anormales psíquicos*: se les clasifica como *inmorales* constitucionales cuando las causas determinantes son hereditarias, *atrofiados éticos* cuando en la anomalía del carácter han influenciado factores externos o mesológicos, vicios adquiridos por deficiente educación.

Aunque las anomalías del carácter no van siempre acompañadas de déficit intelectual, los criminalistas han comprobado que entre los menores delinquentes hay, en más de un 60 por ciento, deficiencia mental.

Desde el tipo de sentido moral absolutamente equilibrado hasta el perverso o loco moral, hay una serie de grados que no podríamos estudiar en particular sin hacer demasiado extenso este trabajo.

Con el nombre de constituciones psicopáticas se conocen ciertos estados psicopatológicos más o menos ligeros que se manifiestan por anomalías leves en las funciones psíquicas.

La inteligencia de estos psicópatas es a veces inferior y otras superior, aunque siempre algo desequilibrada.

Algunos de ellos, de extraordinaria inteligencia, llegan a ser grandes genios, descollantes en las ciencias y las artes; los pobres de talento son los que al llegar a la pubertad forman con los idiotas y otros psicópatas, el numeroso grupo de esos despojos sociales (prostitutas, mendigos, vagabundos, criminales) que constituyen la vergüenza de la civilización moderna.

Estas constituciones psicopáticas, hijas, en primer lugar, de la fatal herencia alcohólica y sifilítica, nos dan varios tipos comprendidos dentro de las dos categorías generales mencionadas en nuestra conversación anterior: motores y sensoriales. El tipo principal es el de los *indisciplinados*, que pueden pertenecer a la categoría de los inestables, impulsivos, depravados, amorales y también de los retrasados.

Al contrario de lo que sucede con los normales en quienes encontramos cualidades sociales superiores: (laboriosidad, criterio ético justo, gran afectividad); encontramos en éstos falta de jovialidad, de expresión, de emotividad, indolencia, inclinaciones antisociales y tendencia a las manifestaciones violentas, signos característicos de la analgesia moral y de la crueldad, síntomas de irritabilidad cerebral que suelen ir acompañados por frialdad, desconfianza, obstinación, manifestaciones que pueden ser también indicio de paranoia y de ideas obsesivas. Algunos tienen la tendencia a la mentira y al hurto.

Hay también niños que son indisciplinados por debilidad mental, a quienes una enseñanza limitada y objetiva podría salvar; estos débiles llegan al cansancio por un simple trabajo mental, que otro niño normal de la misma edad podría duplicar o triplicar sin

fatiga alguna; necesitan, por lo tanto, descansos más largos y frecuentes y ejercicios intelectuales progresivos, pero graduados y sin apresuramiento. Antinatural y de perniciosos efectos sería el obligarles a realizar un trabajo superior a lo que les permite la vitalidad de sus energías mentales. Nadie ignora que el trabajo intelectual excesivo y desordenado perjudica a la salud en general y especialmente a la salud psíquica. Leonardo Bianchi en su obra sobre la *neurastenia*, cita como una de las causas que la originan los métodos deficientísimos de la escuela actual.

El Prof. Lino Ferriani, por su parte, afirma que el 30 por ciento de los niños son nerviosos, esa enfermedad de nuestro siglo, hija del dinamismo de la época y consecuencia natural de nuestra vida excesivamente artificial.

La fatal herencia que nos legara la última guerra europea ha aumentado enormemente el número de los enfermos del sistema nervioso.

Estos psicópatas más o menos perturbados por la inquietud de sus nervios no podrán permanecer mucho tiempo en el estado de inmovilidad a que los obliga el poder interior de inhibición. Sienten la necesidad de moverse, de correr, de saltar, y si esa fuerza coercitiva se mantiene, concentran las impresiones, agrandan los impulsos que, incontentados e irrefrenables, estallan con energía y con violencia.

Mencionaremos, por último, a los indisciplinados por falta de nutrición. ¿Quién de nosotros no ha tenido ocasión de observar a esos pobres infelices, víctimas inocentes de una enorme injusticia social, reclinados en sus mesas de trabajo como abstraídos en el dolor de sus dolores, cabizbajos, inatentos, sordos y mudos al estímulo de nuestra palabra; o bien irritados, riñendo con los compañeros que, económicamente más afortunados, manifiestan alegría y buen humor y ostentan con orgullo sus primorosos dibujos, sus cuadernos limpios, sus deberes bien hechos?

¿Y cuántas injusticias cometidas por desconocimiento de la angustia moral de esas infortunadas criaturas! Esa es una de las muchas causas sociales que arrastran al niño pobre al camino de la delincuencia cuando no encuentran un espíritu sabio y bueno que los salve en cuerpo y alma, alejándolos de la pendiente fatal.

Mantegazza ha dicho que de la cocina salen los buenos pensamientos; podría agregarse que también salen las buenas acciones. Es una verdad científicamente comprobada que nuestro ánimo, nuestros deseos, nuestras emociones cambian según estemos más o menos alimentados, según la cantidad de sangre que afluya a regar nuestro cerebro.

La alegría y la tristeza, la bondad y la indiferencia moral, el coraje y el abatimiento, el amor al trabajo y la indolencia, el placer y el fastidio para la vida se suceden en nuestro ánimo, según la condición en que se hallen nuestros centros nerviosos en íntima relación con nuestros actos volitivos.

Hablemos de los niños caprichosos. Definiremos este tipo, comprendido dentro del grupo de los indisciplinados, definiendo subjetiva y objetivamente el caprichoso. Preguntamos: los caprichos en el niño, ¿pertenecen a la categoría de los vicios adquiridos por deficiente educación, o son una necesidad fisiopsicológica de la infancia, ineludible consecuencia de la impulsividad natural que en el niño se revela con tanta violencia?

Los psicólogos consideran que las disposiciones hereditarias no del todo definidas, y por lo tanto en vías de formación, acumulándose con las sensaciones que provienen del mundo interior, en la imperfección

fisio-psíquica de los centros nerviosos de los niños, originan los sentimientos impulsivos que se manifiestan por medio de la inquietud, de la inestabilidad, del capricho, y de las manifestaciones dinámicas y afectivas que conocemos en el mundo infantil.

Las madres y también muchos educadores se consideran satisfechos cuando pueden afirmar que sus hijos o alumnos no son caprichosos; interpretan esa virtud como índice de naturaleza buena y de excelente educación. ¡Es un gravísimo error!

El capricho es un hecho psicológico de suma importancia; capricho es voluntad no guiada por la razón. La razón es el coronamiento supremo del desarrollo mental, mientras que la voluntad tiene su fundamento en el instinto. La voluntad se manifiesta pronto, mientras que la razón aparece más tarde. De aquí nació un desequilibrio mental del que es hijo el capricho.

El capricho representa en los niños el nacimiento de la voluntad; en los viejos el declinar de la razón. Cuando el capricho no obedece a causas psicopatológicas es signo de salud y de inteligencia.

Niño sin caprichos sería niño sin voluntad, apático y abúlico, lo que es más grave aún que el capricho desmedido.

De Dominiús dice que "una infancia sin caprichos equivaldría a infancia que tiene fin en sí misma, debilidad que nunca será fuerza". A través de los caprichos se revela la potencialidad en germen de la voluntad y del carácter.

Algunos caprichos violentos son el aparente fruto de crisis nerviosas.

Otras veces es la protesta de una personalidad ahogada en su expresión, exponente de un noble amor propio ofendido, de un deseo de justicia, vía de escape de un sentimiento moral mal comprendido por el maestro. Y otras veces, amigos, es un grito de alarma contra métodos pedagógicos irracionales; es el espíritu que se rebela reclamando el derecho al movimiento, a la salud; exigiendo aire, sol, libertad.

Del capricho patológico diremos que, aunque no se nace caprichoso, se puede nacer — como ya lo hemos demostrado — con una hiperestesia, con una hipertensión orgánica, con una hipertrofia de algunos instintos, con un desequilibrio, con una inestabilidad y unilateralidad de funciones que constituyen fácil predisposición para el capricho.

La neuropatía asume a veces en la edad infantil los caracteres del capricho; es la psicopatía hereditaria de graves y violentas manifestaciones que si no se trata a tiempo y científicamente, puede llevar al niño enfermo a la depravación moral y a la delincuencia. Son, por lo general, hijos de sífilíticos, histéricos, epilépticos, alcoholistas.

Los impulsivos, comprendidos también entre los indisciplinados graves, se caracterizan a veces por lo caprichosos.

El impulsivo pertenece al tipo de los anómalos del sistema nervioso. Casi siempre hay signos más o menos marcados de epilepsia. También se encuentran impulsivos entre los imbeciles y entre los idiotas; pero éstos no nos interesan mayormente, porque viven alojados en hospicios o bajo la constante vigilancia de sus padres; los que deben merecer nuestra atención son los impulsivos más o menos inteligentes que concurren a las escuelas comunes y que mañana, hombres, convivirán con nosotros en la sociedad.

Falta en los impulsivos la fuerza de inhibición y análisis que da a las acciones un carácter consciente. Son fáciles al influjo de la sugestión y cumplen

sus actos con rapidez. La atención es fugaz, no asimilan ni fijan nada en la conciencia; en la escuela parecen atender todo, pero el maestro muchas veces queda decepcionado al percatarse que no han alcanzado a registrar en sus procesos psíquicos nada de lo que les había enseñado. Así se explica la reincidencia en los actos de indisciplina, a pesar de las reprensiones y los castigos.

Las acciones impulsivas más frecuentes son las que dependen de las emociones intensas: la cólera, el miedo, la nostalgia. El niño es acometido por irrefrenables impulsos de destruir, de huir de su casa o del colegio o de rebelarse contra sus profesores, y lo efectúa sin miedo a las dificultades, sin temor a las consecuencias. De entre éstos salen los vagabundos con inclinaciones a los viajes, a la vida de aventura. Pero la más frecuente es la tendencia a causar daño a los demás: pinchar o apedrear, martirizar a los animales, signos reveladores de la predisposición a las acciones criminales impulsivas, a las que llegan comúnmente cuando una recta educación no les crea el necesario poder de inhibición preciso para vencer los malos instintos y refrenar las malas pasiones. Estos son los que dan el mayor porcentaje en la delincuencia infantil.

Con respecto a los cleptómanos y a los mentirosos, a quienes se les ha clasificado también como psicópatas de origen histérico, epilépticos, etc., nosotros, sin desconocer las causas biológicas, nos inclinamos a creer que los factores de ambiente son los principales en estas fallas morales, y por esa razón los consideramos en el grupo de los falsos anormales del carácter.

Con el nombre de falsos anormales del carácter se conocen los que por causas extrínsecas o del medio ambiente, adquieren graves vicios que los confunden con los verdaderos anormales afectivos: indisciplinados, perversos sexuales, amorales constitucionales.

La civilización moderna, que nos deslumbra con sus infinitas maravillas, con sus fantásticos progresos en el terreno de las ciencias y de las artes, ha producido un grave desequilibrio en la salud física y moral de los hombres.

La mayor miseria se desarrolla paralelamente a la mayor riqueza; mientras por un lado se levantan suntuosos palacios, por otros se construyen miserables pocilgas; mientras los higienistas se esfuerzan en vulgarizar las más elementales reglas de higiene, familias obreras se ven en la necesidad de encerrarse en habitaciones insalubres y alimentarse deficientemente. Lo prueba en forma acabada la alarmante disminución de la natalidad de que se ha hecho eco nuestra prensa. Y mientras disminuyen los hijos legítimos, o de padres conocidos, aumenta el nacimiento de nuestros hijos naturales, aquellos de que nos hablara Florencio Sánchez, esos hijos de la orgía, del vicio y del dolor que llenos de taras degenerativas, mal nutridos, huérfanos de amor paterno, irán a llenar los asilos y casas de corrección y a aumentar, mañana, el número cada vez mayor de los infelices que pueblan las cárceles y los prostibulos y que en su mayoría serán víctimas inocentes de nuestras propias culpas.

El ambiente social, con sus imperfecciones y con sus corrupciones, produce funestos efectos en el espíritu del niño cuando su influencia no es neutralizada por la educación paterna y escolar.

Las descripciones fantásticas, las lecturas morbosas, de corte policial, las crónicas del delito producen una grave perturbación entre los débiles mentales, arrastrándolos frecuentemente al abandono de

la casa paterna, al vagabundaje, al hurto y muchas veces al crimen.

El mal ejemplo de padres alcoholistas, jugadores, pendenceros e inmorales, que a menudo llegan al abandono de los hijos, son otros tantos factores de perversión.

Expuestas a grandes rasgos las causas y efectos de las principales anomalías del carácter en el niño, tocamos ampliar, aunque sea muy brevemente, la parte que corresponde a la pedagogía correctiva en realización con esas deficiencias de trascendencia psíquica y moral. De más estará repetir lo que ya hemos dicho con respecto a la incapacidad de la escuela actual para realizar una acción eficaz que sea capaz, más que de curar, de obrar en forma preventiva sobre el alma de los niños.

Con las escuelas al aire libre, las clases diferenciales ya en función, y el próximo establecimiento de las escuelas especiales, se abre el camino que nos llevará gradualmente al ideal. Idealistas hay en nuestro magisterio — como los que ya luchan apostólicamente por los nuevos principios en las escuelas libres — que sabrán mantener este saludable movimiento en pro de la reforma educacional.

\* \*

De las ideas generales, expuestas por los más modernos pedagogos, acerca de los procedimientos científicos experimentados con éxito para corregir a los niños considerados incorregibles, concretamos lo siguiente:

Con los tipos impulsivos debe procurarse que detengan las descargas durante un tiempo para que en el intervalo de indecisión, puedan presentarse en su conciencia motivos favorables o no a dicha acción. El dibujo y los trabajos manuales son elementos valiosos de educación. No debe ayudarse hasta que experimenten desaliento. Debe observarse de manera constante. Son convenientes los juegos premeditados y preordenados que impiden las manifestaciones impulsivas y libres dando a los músculos los solos movimientos que esos juegos exigen. Esta economía de energía nerviosa sirve para formar la fuerza inhibitoria que es condición indispensable para la vida social.

Es útil acostumbrarlos desde el principio a reflexionar sobre sus actos, es decir, volver a considerar las acciones que han cumplido, con el fin de crear en ellos un hábito de auto-indagación que les permita frenar o moderar sus ímpetus morbosos. Por el hábito de la reflexión llegarán a la autonomía.

El niño — dice el profesor Morzone — para enderezar su actividad en la ejecución de una orden determinada está obligado al principio a hacer un sacrificio, porque en ese instante no puede dar libre curso a las descargas nerviosas que siguen una dirección opuesta. Establecida la lucha entre dos corrientes nerviosas, cuando la que viene de afuera no posee fuerza necesaria para poner freno a la otra, queda vencida y entonces se manifiesta en toda su potencialidad la *desobediencia*. Pero si los deteniendos se repiten y se vuelven conscientes, dejan de existir las dos corrientes nerviosas y el alumno poco a poco adquiere la fuerza de inhibición que es la determinante de las cualidades morales.

Sobre el castigo, agrega: El temor al castigo puede impedir que una mala acción se cumpla, pero no mejora al alumno ni modifica sus tendencias originarias a las que deben oponerse otras ideas opues-

tas. A la violencia no debe responderse con la violencia, sino con frialdad y firmeza. La represión brutal, si detiene por un momento los impulsos al mal, a más de no mejorar al niño, crea en él nuevos y más perniciosos hábitos: la hipocresía, la falsedad, la simulación.

Expulsar de la escuela a los niños considerados malos es una verdadera monstruosidad, porque si bien se alliva la tarea escolar se arroja directamente a esos pobres enfermos en los brazos de la delincuencia. En todo niño hay un resto de amor propio: hay que descubrirlo. En toda naturaleza malvada hay un lado bueno; siempre hay un sentimiento afectivo por algo o por alguien: deben descubrirse esos puntos, utilizándolos como base para la reconstrucción moral. No es posible establecer normas generales, porque se caería en el error de la pedagogía actual.

La base de la pedagogía científica se puede sintetizar en estas palabras: Así como cada enfermo necesita su tratamiento particular, cada niño, según su naturaleza, precisa para su cuerpo y su alma una terapéutica pedagógica especial.

El eje medular de la nueva pedagogía es el respeto supremo a la personalidad del niño.

¿Qué se hace actualmente con esos infelices denominados incorregibles, víctimas de los vicios paternos y de las perversidades del ambiente social, que la familia y la escuela proscriben de su seno? Son internados en establecimientos llamados asilos y reformatorios.

¿Qué son esos institutos especiales creados para la infancia abandonada y perversa?

Mucho tendríamos que decir al respecto, pero como esta charla se prolonga demasiado y el tema es vasto e interesante, lo abordaremos en otra conferencia con toda la atención y la extensión que él merece. A ese efecto es mi intención continuar visitando los más importantes reformatorios argentinos y recoger la mayor cantidad de datos ilustrativos sobre la organización de los mejores establecimientos

de corrección existentes en Italia, que como todos sabemos, ha sido la cuna de las grandes reformas en materia de derecho penal y la madre de los más ilustres sabios que han revolucionado la vieja escuela, imponiendo los grandes postulados de la criminología moderna.

Sólo expresaremos hoy algunas ideas generales sobre asilos y reformatorios.

Alguien, tomando como base los rótulos: Asilo, Reformatorio, Colonia Educativa, habrá supuesto con toda lógica que en realidad son institutos donde a los niños se les corrige y educa.

Y muchos habrán sentido un gran alivio espiritual pensando que los niños predispuestos a la delincuencia, si no habían sido comprendidos y atendidos en sus hogares ni en las escuelas comunes, lo serían en establecimientos creados expresamente con ese objeto.

Y, sin embargo, nada más alejado de la realidad. Los asilos distan mucho de ser las escuelas-hogares que de acuerdo con la última palabra de la ciencia educacional deben proporcionar al niño a la par que los cuidados y cariños paternos, la educación que convenga a sus necesidades vitales. Los reformatorios siguen siendo, en general, establecimientos más o menos carcelarios donde al niño se le amolda, se le somete, pero jamás se le educa. Se transforman los que conservan en su alma gémenes que al desarrollarse les dan fuerza para ejercer su auto-educación a despecho de todas las influencias de ese ambiente artificial que insensiblemente los empuja al mal, si no en el hecho, en el pensamiento, que es más grave aún para el espíritu, por las explosiones violentas a que da lugar cuando se rompe el dique de la disciplina.

Como establecimientos de reclusión nuestros reformatorios y asilos llenarían más o menos esa misión: extensión suficiente, edificación amplia, higiene corporal regularmente aceptable, alimentación no del todo mala; pero... ¿es que con vestir y alimentar a esos niños doblemente desamparados ha cumplido el Estado su misión?

En lo que concierne a la acción moralmente regeneradora, ¿qué se hace? ¿Existen, acaso, gabinetes de antropología pedagógica y elementos necesarios para efectuar un examen tropométrico, antropológico y psico-psicológico que ponga de manifiesto la naturaleza de cada uno de los niños y las causas biológicas y mesológicas que han provocado las perturbaciones psíquicas de los anormales afectivos o enfermos del carácter? ¿Poseen personal docente capaz de adoptar procedimientos educativos en concordancia con las deficiencias y necesidades de cada niño? ¿Se les observa y estudia constantemente, al menos de manera que permita seguir el proceso evolutivo o involutivo de su conciencia?

En cuanto al trabajo profesional, ese gran factor de regeneración que convierte al individuo en un valor positivo desde el punto de vista ético-económico-social, ¿la orientación está de acuerdo con la vocación y con las aptitudes de cada recluso?

A todo esto puede contestarse negativamente. Basta con decir — aunque esto nos cause asombro — que en nuestra Colonia Educativa de Varones, para instruir y educar trescientos niños y jóvenes, existe ¡un solo maestro!

En cuanto a las personas que en esos establecimientos se mantienen en contacto directo con los reclusos en la mayor parte de las horas del día, de quienes los niños deben recibir ejemplos, inspi-

ración, útiles enseñanzas y educación moral, ¿quiénes son? ¿Son, acaso, profesionales del magisterio, o por lo menos elementos de probada cultura, especializados en psicología y versados en cuestiones pedagógicas y educacionales? ¿Son personas que en alguna forma han demostrado amar idealmente a los niños tanto como para convertirse con entusiasmo y alegría en padres de todos los huérfanos y abandonados, en médicos de todos los enfermos del cuerpo y el espíritu?

¡No! Tanto en los reformatorios uruguayos como en los que hemos visitado en la República Argentina los niños son acompañados por vigilantes y jefes de talleres que, en general, por falta de cultura especial y por su concepto equivocado sobre la misión social que cumplen, actúan del mismo modo como lo harían si se les encomendara el cuidado de peligrosos delincuentes en los establecimientos carcelarios.

Inútil será, pues, todo lo que se pretenda hacer mientras no se transforme fundamentalmente la organización interna, encarando el problema en su faz educacional.

Muchas innovaciones interesantes se han llevado a cabo en Italia, Bélgica, Estados Unidos y otros países. En la Argentina hemos visto también algo digno de ser conocido. En el Uruguay se proyectan extraordinarias reformas en armonía con las modernas corrientes pedagógicas, pero aun no se ha salido

del terreno de las teorizaciones.

De todo esto nos ocuparemos en el nuevo y amplio estudio que haremos sobre este importante tema. Por hoy sólo hemos querido despertar la atención, no sólo de los maestros, sino de todos los que se interesan por el porvenir de las nuevas generaciones, sobre ese problema trascendental que en nuestros días preocupa seriamente tanto a los juristas como a los pedagogos y a los sociólogos.

La degeneración moral aumenta día a día en forma tan grave que alarma a los espíritus sanos y hace estremecer a las conciencias equilibradas. Sus proporciones son tan extremas que amenazan eclipsar totalmente las verdaderas y positivas conquistas morales de la actual civilización.

Hay hondos males de carácter sociológico cuya terapéutica no será de incumbencia exclusiva de la escuela: será obra de todos los hombres inteligentes y bien inspirados que también laboran por el progreso en el campo, en el taller, en el periódico, en la cátedra y en los laboratorios científicos. Pero, en lo que todos estamos de acuerdo es en considerar que sin cultura moral en los hombres no serán posible; ni podrán tener existencia real ninguno de los atributos de una organización social justa y humana: bienestar general para todos, justicia y libertad.

Entreguémonos en cuerpo y alma a la obra educacional en la escuela, en los reformatorios y en todas partes, y habremos contribuido eficazmente al progreso espiritual de la humanidad.

ENERO DE 1929.



III

Pero este ardid de los tiranos para embrutecer a sus súbditos, como se puede conocer mejor es por lo que hizo Ciro con los lidios después de apoderarse de Sardes, capital de Lidia, y haber hecho prisionero a Creso, a quien llevó cautivo: le dieron la noticia de que los lidios se habían sublevado; pronto los sedujo; pero no queriendo saquear una ciudad tan hermosa ni tomarse el trabajo de sostener en ella un ejército para guardarla, se le ocurrió un gran expediente para estar seguro de ella. Estableció burdeles, tabernas y juegos públicos, e hizo publicar una ordenanza para que la cumplieren los ciudadanos. Se halló tan bien con esta guarnición que no necesitó desde entonces desenvainar la espada contra los lidios. Aquellas pobres y miserables gentes, se divertieron tanto en inventar juegos, que los latinos han tomado su nombre de ellos y lo que nosotros llamamos pasatiempos los nombraban *ludi*, como si quisieran decir *ludi*. Los tiranos todos no han declarado expresamente que quisieran afeminar a sus pueblos; pero a decir verdad, lo que aquél ordenó lo han imitado la mayor parte; y en verdad esto es lógico en el populacho, cuyo número es siem-

pre grande en las ciudades: es sospechoso para el que le ama y sencillo para el que le engaña. Más fácilmente que un pájaro se caza con reclamo y se pesca un pez con el anzuelo bien cebado, los pueblos todos se doblan a la esclavitud, al menor halago que se les hace. Los teatros, los juegos, las farsas, los espectáculos, los gladiadores, las tiaras, las medallas, los cuadros y otras drogas parecidas, eran en los pueblos antiguos los manjares de la esclavitud, el precio de su libertad, los instrumentos de la tiranía. Este medio, esta práctica, estos alimentos, tenían a los antiguos unidos al yugo. Así, los pueblos embrutecidos, encontrando agradables estos pasatiempos y solazados con el vano placer que pasaba ante sus ojos, se acostumbraban a servir tan tontamente como los niños, que por ver las deslumbrantes imágenes de los libros ilustrados aprenden a leer. A los tiranos romanos se les ocurrió, además, otra cosa: festejar a menudo las decenas públicas para enganar a la canalla que se deja llevar del placer de la boca; hasta el punto de que el más avisado de todos, no hubiera dejado su escudilla de sopa para recobrar la libertad de la República de Platón. Los tiranos hacían larguezas de vino, cuartillas de trigo, de sextarios de sextercios; y entonces daba lástima oírles

ENSEÑANZA ARCAICA



"La letra con sangre entra"

gritar: ¡Viva el rey! Los zopencos no comprendían que no hacían sino recobrar una parte de lo suyo y que aun eso mismo el tirano no hubiera podido dárselo si antes no se lo hubiese quitado. El que hoy recogía el sextercio que le arrojaban y se hartaba en el festín público bendiciendo a Tiberio y a Nerón por su hermosa liberalidad, y que se veía obligado mañana a abandonar sus bienes a la avaricia, sus hijas a la lujuria, su misma sangre a la crueldad de esos magníficos emperadores, quedábase mudo como una piedra e inmóvil como un leño. Siempre el populacho ha sido así: abierto y disoluto con el placer que no se puede recibir honestamente e insensible para el dolor que honradamente no se puede soportar. No hay ahora nadie que al oír hablar de Nerón, no tiemble al solo nombre de este terrible monstruo, de esta inmunda y sucia bestia; puede decirse que después de su muerte, tan fea como su vida, el noble pueblo romano experimentó tal disgusto al acordarse de sus juegos y festines, que estuvo a punto de llevarle luto; así lo ha escrito Cornelio Tácito, autor de los más grandes e indudablemente verídicos. Esto no parecerá extraño recordando lo que hizo ese mismo pueblo a la muerte de Julio César, que les privó de la ley y de la libertad y a cuyo personaje no le han hallado nada que valga, fuera de su bondad, que, aunque tan enzalzada ha sido, fué más dañosa que la crueldad del tirano más salvaje, porque fué esta venenosa dulzura la que en realidad llevó a la esclavitud al pueblo romano; pero después de su muerte, el pueblo, que todavía conservaba el gusto de los banquetes y el recuerdo de sus prodigalidades, para hacerle honores y reducirlo a cenizas, amontonaba los bancos de las plazas y le elevó una columna como a Padre del pueblo (así dice el capitel) y le rindieron más honores muerto, de los que se deben hacer a ningún hombre, los mismos que le habían matado. No olvidaron los emperadores romanos tomar a menudo el título de tribuno del pueblo, tanto porque este cargo era tenido por sagrado, cuanto porque había sido creado para protección del pueblo bajo la tutela del estado. Por este medio estaban seguros de que el pueblo confiaría más en ellos, como si debiera sentir el nombre y no los efectos.

Los reyes de Asiria y después los de Media, no se presentaban en público sino muy de tarde en tarde, para hacer creer al pueblo que eran algo más que hombres y mantener en esta ilusión a los que exageran las cosas y no pueden juzgar por sus propios ojos. De esta manera, las naciones que sufrieron el yugo asirio, con este misterio, se acostumbraron a servir más voluntariamente, y como no sabían quién era su amo, todos tenían por referencias a uno que nadie había visto. Los primeros reyes de Egipto no se mostraban si no tenían una rama o fuego en la cabeza, y se transformaban de tal modo, que por la extrañeza del disfraz, producían en sus súbditos admiración y reverencia; a otros menos necios o menos oprimidos, hubiera servido de risa y pasatiempo. Da lástima oír hablar de las cosas que hacían los tiranos para provecho suyo y fundamentar su tiranía; de cuán pequeños medios se servían encontrando al pueblo tan dispuesto; al ver que no había lazo que le tendieran en que no se dejara coger; cuán fácil era para él el engaño. Pues nunca le sujetaban tanto como cuando más se burlaban de él. ¿Qué diré de otra burda fábula que los antiguos creyeron verdadera? Creyeron firmemente que el dedo gordo de un pie de Pirro, rey de Epiro, hacía milagros y curaba las enfermedades del bazo; enriquecieron el cuento diciendo que después de quemado todo el

cuerpo, se había encontrado el dedo entre las cenizas sano y salvo a pesar del fuego. De este modo el pueblo forma las mentiras para creerlas después. Muchos lo han escrito, pero de tal modo, que causa risa ver simples que han forjado tantas patrañas con rumores del populacho. Vespasiano, volviendo de Asiria, y de paso por Alejandría, para ir a Roma a tomar posesión del imperio, hizo maravillas (1): cubría a los ojos, devolvía la vista a los ciegos y otros prodigios por el estilo, que él que no adivine su falsedad, es a mi juicio más ciego que aquellos a quienes curaba. Los mismos tiranos creen muy extraño que los hombres puedan sufrir a otro que les dañe: ponen la religión para defensa de su cuerpo, y si fuera posible tomarían parte de la divinidad para sostén de su malvada existencia. Salmoneo, si creemos a la sibila de Virgilio (Eneida, VI-585) por haberse burlado de este modo de los hombres y haber pretendido nacer de Júpiter, se ve ahora en el infierno.

*Suponiendo crueles tormentos por querer imitar los truenos del cielo y los rayos de Júpiter, sobre cuatro corceles iban blandiendo en el puño una ardiente antorcha por los pueblos griegos, desafiándolos en pleno mercado; pero intentaba tener el honor, que sólo a los dioses pertenece, el insensato que ya el rayo y la tempestad inimitable falsificaba (de bronce y con la carrera vertiginosa de los caballos alados) del Padre Todopoderoso, quien poco después, castigando este gran mal, lanzó no una simple luz de antorcha, sino el furioso golpe de ruda tempestad que le derribó de cabeza.*

Si el que no hacía más que el tonto, está ahora tan bien tratado allí, los que han abusado de la religión para ser malvados, se encontrarán aun mejor atendidos. Los nuestros sembraron en Francia lagartos, flores de lis, la redoma y el oriflama; lo que por mi parte, sea como quiera, no quiero dejar de creer, puesto que ni nosotros ni nuestros antepasados hemos tenido ocasión de ello, por haber tenido siempre reyes tan buenos en la paz y tan valientes en la guerra, que aun cuando nacieron reyes parece que no han sido hechos como los demás por la Naturaleza, sino elegidos por Dios Todopoderoso para el gobierno y guarda de este reino. Aunque no fuera así, no quiero tampoco averiguar la verdad de nuestras historias y de este modo no privaré de una hermosa creencia en que pueda ejercitarse la poesía francesa, no decaída, sino renovada por Ronsard, Baif, Bellay, que con esto hacen progresar tanto a nuestra lengua que espero que pronto los griegos y los latinos sólo nos superarán en antigüedad. Y haría yo gran daño a nuestro ritmo (uso esta palabra y no me disgusta), porque aunque varios lo han hecho mecánico, quedan bastantes para dignificarle y devolverle su antiguo esplendor; le haría gran daño, repito, quitándole esos bellos cuentos del rey Clodoveo, en los cuales se esplayará a su gusto la vena de Ronsard en su *Franciada*. Veo su alcance, conozco su agudo ingenio, sé su gracia y hará sus tareas con el oriflama como los romanos con sus *ANCILIAS* y *escudos del cielo arrojados* (Eneida, Virgilio, VIII, 664) manejará nuestra redoma tan bien como los *atenienses* su cesta de Ericción; se hablará de nuestras armas aun en la torre de Minerva. Sería ultrajante querer desmentir a nuestros libros y penetrar en los dominios de nuestros poetas. Mas volviendo a los tiranos, siempre han tratado, para asegurarse

(1) Suetonio, Vida de Vespasiano, c. VII.

más, de acostumbrar al pueblo, no sólo a la obediencia y servidumbre, sino a la devoción. Lo que he dicho hasta aquí, que enseña a las gentes a servir voluntariamente, no aprovecha a los tiranos más que con el inculto y grosero.

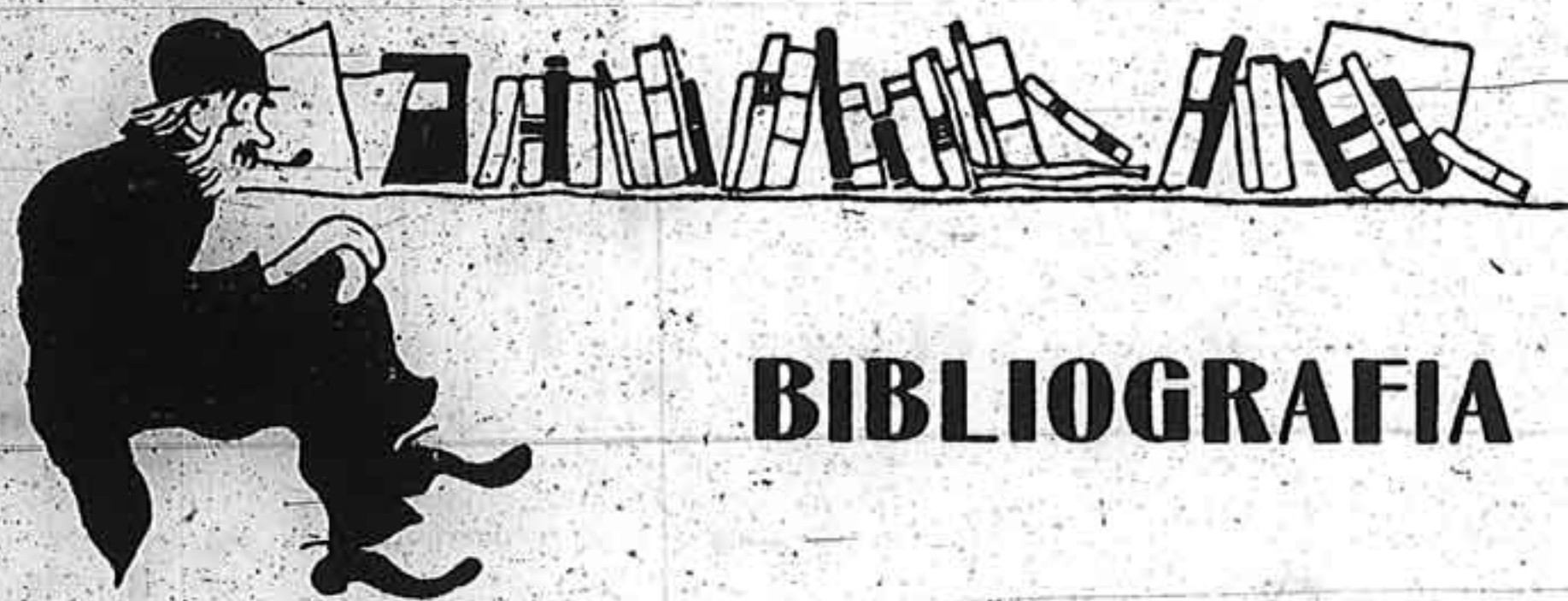
Llego ahora a un punto, que es el secreto y resorte de la dominación; sostén y fundamento de la tiranía. Quien crea que las alabardas de la guardia, o la garita del centinela guarda a los tiranos, se engaña: se fían más del formulismo y del aparato que de la guardia que los custodia. Los arqueros prohíben entrar en los palacios a los que no tienen ningún medio, no a los bien armados que pueden realizar cualquier empresa. En los emperadores romanos es fácil ver que son menos los que se han librado de un peligro por la ayuda de sus arqueros, que los que han sido muertos por sus guardias. No son los escuadrones, ni los batallones, ni las armas los que defienden al tirano, sino cuatro o cinco los que le sostienen y conservan al país en la esclavitud. Siempre han sido cinco o seis los que han estado junto al tirano, bien aproximándose por sí mismos o llamados por él para ser cómplices de sus crueldades, compañeros de sus placeres, alcahuetes de sus liviandades y partícipes de sus robos. Estos seis dirigen tan bien al tirano, que para la sociedad es malvado, no sólo por sus infamias, sino por las de ellos. Estos seis, tienen a su vez seiscientos que se aprovechan de su protección y hacen de ellos lo que el tirano de los seis. Estos seiscientos tienen bajo sí a seis mil, a quienes han elevado y a los que dan el gobierno de las provincias o el manejo del dinero, a fin de que tengan a mano la avaricia y la crueldad, y satisfaciéndolos hagan tanto daño que no puedan vivir más que bajo su sombra y librarse sólo con su ayuda de las leyes y del castigo. Grande es el séquito que viene tras de éstos. Quien se entretenga en desenredar esta madeja, verá que no ya los seis mil, sino cien mil millones, con esta cuerda están unidos al tirano, como en Homero, Júpiter, que se jacta de arrastrar tras él a todos los dioses si tira de la cadena. De aquí venía el aumento del Senado bajo Julio, el establecimiento de nuevos Estados y elección de oficios; no para reforma de justicia, sino para nuevos sostenes de la tiranía. En suma, por los favores, por las ganancias que proporcionan los tiranos, hay tantos a quienes la tiranía parece ser provechosa, como a quienes la libertad sería agradable. Del mismo modo que los médicos dicen que si en nuestro cuerpo hay algo lesionado todas las demás partes de él se resienten y aun parece que contribuyen a aumentar la dolencia, de igual manera desde que un rey se declara tirano, todos los malos, la hez del reino, no ya un montón de ladronzuelos y sinvergüenzas que no pueden hacer bien ni mal en una República, sino los que tienen ardiente ambición y notable avaricia, se amontonan a su alrededor y le sostienen para tomar parte en el botín y ser, bajo el gran tirano, tiránuelos. Así hacen los grandes ladrones y famosos corsarios: unos arrasan el país, otros asaltan a los viajeros; éstos se ponen en emboscada, aquéllos de centinela; unos aseñanan, otros despojan; y aunque hay entre ellos preeminencias, aun cuando unos son criados y otros amigos, no hay a la postre uno solo que no se llame a la parte a la hora de distribuir la presa. Dícese que los piratas cilicios no sólo se reunieron en tal número que hubo que enviar contra ellos a Pompeyo el Grande, sino que hicieron alianza con grandes ciudades y hermosas villas, en cuyas obras se ponían a cubierto al volver de sus correrías, por cuyo servi-

cio les entregaban parte del producto de sus raterías.

De este modo el tirano hace esclavos a los súbditos, a unos por medio de otros, y está guardado por aquellos de quien se debía guardar (que para partir la leña se hacen cuñas de la leña misma); pero no es que no sufran algo de él, sino que esos perdidos, abandonados de Dios y de los hombres, sufren el mal con tal de devolverlo, no al que se lo hace, sino a aquellos que, como ellos, lo experimentan. Y viendo a esos que lisonjean al tirano, asegurando la esclavitud del pueblo, me asombro de su maldad y me produce lástima su estupidez. Porque, ¿qué es aproximarse al tirano, sino huir de la libertad y abrazarse a la esclavitud? Dejen a un lado su ambición, cedan un poco de su avaricia, contémplesse después y serán claramente que los villanos, los aldeanos a quienes pisotean cuando pueden, y tratan como a forzados o esclavos, a pesar de vivir tan mal, son en parte más dichosos y libres que ellos. El labrador y el artesano, por esclavos que sean, cumplen haciendo lo que se les manda; pero el tirano ve a los que están a su lado mendigando su favor, que tienen que hacer, no sólo lo que dice, sino pensar lo que quiere, y a menudo, para satisfacerle, adivinar sus pensamientos. No sólo tienen que obedecerle, sino contemplarle; tienen que atormentarse, que matarse trabajando en sus asuntos, alegrarse con su alegría, dejar lo propio por lo suyo, disminuir su carácter, despojarse de su naturaleza, tener cuidado de sus palabras, de su voz, de sus gestos, de sus miradas; carecer de ojos, pies y manos, excepto para estar en acecho, espiar el capricho del tirano y descubrir su pensamiento. ¿Es esto vivir dichoso? ¿Es esto vivir siquiera? ¿Hay en el mundo nada más insoportable que eso, no ya para un bien nacido sino para quien tenga sentido común o siquiera facha de hombre? ¿Hay condición más miserable que vivir así, sin tener nada propio, siendo de otro su comodidad, libertad, cuerpo y vida?

Pero quieren servir para obtener bienes, como si pudieran ganar algo que fuese suyo cuando ni siquiera pueden decir que se pertenecen; y como si pudieran tener algo propio bajo un tirano, quieren atesorar, sin acordarse de que dan al tirano fuerza para quitarlo todo a todos. Ven que nada somete tanto a los hombres a su crueldad como las riquezas; que no hay para él crimen más digno de la muerte que el poseer; que sólo ama las riquezas; no destruye más que a los ricos que se le presentan cebados para darle envidia. Estos favoritos deben acordarse, no de los que han prosperado junto a los tiranos, sino de los que después de mucho tiempo de amontonar riquezas, han perdido los bienes y la vida; y olvidándose de que otros han llegado a ser poderosos, tener presentes cuán pocos han podido disfrutar de este poder.

Ojead las historias antiguas y las que hemos recordado y se verá en todas cuán grande es el número de los que habiendo conseguido por malos medios agradar a los príncipes, y habiendo empleado en ello su maldad o su simpleza, fueron al fin destruidas por ellos, y tantas facilidades como encontraron para elevarlas otra tanta inconstancia hallaron para desdicha. De tantos como han estado cerca de los malos reyes, hay pocos o ninguno que no hayan sufrido la crueldad del tirano que antes habían dirigido contra los demás. A menudo, después de enriquecerse a la sombra de su favor con los despojos de otro, han enriquecido a los otros con los suyos.



## BIBLIOGRAFIA

**LU CHEN BO KAJ JASMENO DEN.** — *Virina emancipación kaj seksamo.* — Un vol. de 208 págs. Shanghai (China), 1928.

De este libro, escrito en chino por un camarada conocido, Lu Chien-Bo, en colaboración con Jasmeno Den, sobre la emancipación de la mujer y la cuestión sexual, no podemos, desgraciadamente, dar un juicio, pero representa para nosotros, sin embargo, un exponente de las preocupaciones de nuestros compañeros chinos por el estudio de todos los problemas de la transformación individual y social.

**ALBERTO GHIRALDO.** — *Yanquilandia bárbara. La lucha contra el imperialismo.* — Madrid, 1929, 215 págs. Precio: 5 pesetas.

El nuevo libro del compañero Ghiraldo nos interesa y lo recomendamos por la documentación que encierra, dando a conocer los crímenes infinitos de los plutócratas del Norte en los países más débiles económica y políticamente de América Central y Sur. Pero el tono antiyanqui se apoya forzosamente en un nacionalismo racial o continental que no compartimos. Estamos en un caso parecido al de Kropotkin cuando nos hablaba del peligro alemán, del militarismo prusiano, haciendo, primero sin quererlo y después conscientemente, una defensa del militarismo francés. Nosotros declaramos desde ya nuestra voluntad de no ofrecer nuestra vida a los Estados hispano-americanos para defender sus fronteras contra el imperialismo de Yanquilandia. Y Ghiraldo, estamos seguros, no la ofrecería tampoco, porque sabe, aunque este libro no lo da a entender, que el imperialismo no es un fenómeno que pueda combatirse con el nacionalismo, de nación o de raza.

Si llegase el caso de una acción defensiva victoriosa de la América latina contra los Estados Unidos, en lugar del imperialismo del Norte, tendríamos el imperialismo de la nación que en esa campaña resultara más beneficiosa. Por lo demás, en el gobierno de un país, importa muy poco que sean ex-

tranjeros o criollos los gobernantes: la libertad y la justicia no triunfan ni con los gobernantes y los capitalistas nativos ni con los capitalistas y los gobernantes extranjeros. Políticos nativos son los que se ponen a las órdenes de Washington y de Wall Street contra los propios pueblos hoy, como se ponían ayer a las órdenes de quienes mejor compraban su influencia para invertir capitales y explotar los brazos de las poblaciones vendidas así al mejor postor. En una palabra, el compañero Ghiraldo en su acusación a Yanquilandia bárbara, según nuestra opinión, nos hace resaltar bastante los límites permitidos a nuestra oposición revolucionaria, que propicia la destrucción de la Casa Blanca, pero también de la Casa Rosada, la destrucción total del Estado, que es imperialismo cuando dispone de fuerzas ofensivas poderosas, pero que no es nunca defensor de la libertad.

**CARLOS SANCHEZ VIAMONTE.** — *La cultura frente a la universidad.* — Prólogo de Alvaro Yunque. J. Samet, editor. Buenos Aires, 1928. Precio: 2 pesos.

Un hermoso prólogo de Alvaro Yunque y una hermosa recopilación de críticas a la universidad oficial, de críticas que construyen ideológicamente la universidad del porvenir. Tal es "La cultura frente a la universidad". Dejando a un lado afirmaciones accidentales, como la que sienta el autor respecto al imperialismo yanqui, ante lo cual discrepamos, la crítica que inspira este pequeño volumen y las nobles aspiraciones que se ponen de manifiesto pueden ser suscritas también por nosotros. El que quiera saber de qué pie cojea la universidad oficial, que eche mano a este libro, el más fuerte al respecto, aunque no tenga tales pretensiones. No sabemos qué ideas políticas o sociales sostiene el profesor Sánchez Viamonte; pero ante el problema concreto de la universidad, creemos que, a juzgar por esta recopilación, estaríamos plenamente de acuerdo al tratar de reconstruirla sobre nuevas bases, aunque nosotros la deseamos fuera del nacionalismo, es decir fuera también del Estado, porque no habrá nunca una verdadera cultura

mientras el hombre se vea forzado a llevar el freno de la autoridad, — religiosa, económica, política o intelectual.

**JUAN B. JUSTO.** — *La moneda.* Vol. I de Obras completas. Ed. "La Vanguardia". Buenos Aires, 1928. 287 págs. en 8°.

El proletariado militante apenas conoce, y esto deficientemente, el capitalismo industrial; no tiene siquiera una idea vaga del capitalismo financiero, de las fuentes de ganancia de éste, de sus manipulaciones y engaños. Se defiende contra el capitalismo industrial por medio de la resistencia sindical y de las reivindicaciones de más altos salarios y una jornada más reducida. En cambio, no tiene defensa alguna contra la acción del capitalismo financiero, que, actualmente al menos, es el dirigente, el que tiene bajo su control a casi todo el mundo industrial y comercial.

Un economista revolucionario, bien conocido como anarquista, Ch. Cornelissen, que acaba de publicar dos grandes tomos sobre el capital industrial, se propone continuar la obra emprendida con un estudio sobre el capital financiero y con otro sobre el capital agrario. Esperamos esa continuación con impaciencia, previendo que hemos de encontrar en ella el arsenal que necesitamos para forjar luego algunas posibilidades concretas de defensa del proletariado. La importancia del problema se ha puesto raramente de relieve en el campo anarquista, a pesar de Proudhon, que no tuvo sucesores en este terreno. Han sido más bien los socialistas de Estado los que se preocuparon del asunto, como Hilferding, pero, naturalmente, a nosotros no pueden satisfacerlos siempre ni las interpretaciones ni las conclusiones a que llegan estos tratadistas.

La recopilación de trabajos del doctor Justo sobre la moneda no satisface tampoco nuestras preocupaciones, pero es la mejor introducción que encontraríamos en este país para el estudio de la cuestión, porque el doctor Justo figura en un puesto honroso entre los economistas argentinos. En cuanto a la tesis que defiende, pensamos que el mismo autor, si hubiera tratado el tema de acuerdo a las experiencias monetarias de la post-guerra, habría rectificado muchos de sus juicios anteriores, sería menos unilateral y aportaría una mayor suma de aplicaciones posibles y de ensanchamientos de sus ideas. Después de todo, no queremos aquí señalar los defectos de las teorías monetarias del difunto jefe socialista, sino simplemente llamar la atención sobre un problema que el anarquismo ha descuidado de un modo casi completo, sin ninguna razón para obrar así.

**J. F. ELSLANDER.** — *La escuela nueva.* — Bosquejo de una educación basada sobre las leyes de la evolución humana. Trad. de Anselmo Lorenzo. Un vol. de 250 págs. Editorial LA PROTESTA, Buenos Aires, 1929. Precio: \$ 1.50.

Una obra agotada desde hace años y cuya circulación no fué lo amplia que habría debido ser, es "La escuela nueva" de Elslander, traducida para la Escuela Moderna de Ferrer por Anselmo Lorenzo. La Editorial LA PROTESTA, al reeditarla, cree prestar un servicio a la cultura anarquista al mismo tiempo que poner su contribución al servicio de las nuevas corrientes de renovación de la escuela. Leer este libro y asegurarle la máxima difusión, es un deber de todo amante de la libertad y del porvenir de la infancia.

**A. LOSOVSKY.** — *El movimiento sindical latinoamericano* (sus virtudes y sus defectos). Marzo de 1929. Ediciones del Comité pro confederación sindical latino-americana. Montevideo. 56 págs.

Se transcribe aquí un discurso de A. Losovsky en una reunión de "delegados" americanos en Moscú. Losovsky habla ya con bastante facilidad, lo mismo sobre lo que sabe como sobre lo que no sabe. Pero como en estas cosas lo importante no es ser maestro realmente, sino aparentar serlo y darse aires de serlo, no cabe duda que las opiniones vertidas en su discurso han de haber caído como palabras bíblicas sobre los cerebros de sus oyentes, los funcionarios de la Internacional Sindical Roja. Losovsky tiene toda la pose de un maestro y si le faltan discípulos espontáneos, los obreros y los campesinos rusos trabajan para que el gobierno bolchevista compre discípulos al jefe de la Sindical Roja y a todos los otros jefes.

### EL NUMERO PROXIMO

Además de otros materiales de interés doctrinario e histórico, publicaremos un ensayo bibliográfico de Hugo Treni titulado "Diez años de actividad intelectual libertaria en Francia" (1918-1928), una recopilación que debería hacerse de tanto en tanto sobre todos los países para apreciar mejor los esfuerzos respectivos y sacar las conclusiones que pueden derivarse de la dirección de esos esfuerzos.



# Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

## MAX NETTLAU.—

"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873)	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	" 1.—
Encuadernado en tela	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	" 1.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15

## RUDOLF ROCKER.—

"Johann Most, la vida de un rebelde". Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10

## RUDENKO.—

"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	" 0.15
--	--------

## JAMES GUILLAUME.—

"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	" 0.20
---------------------------------------	--------

## MIGUEL BAKUNIN.—

(Obras Completas)

I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela	" 3.50

## ERRICO MALATESTA.—

"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri	" 0.30
"En Tiempo de Elecciones"	" 0.10

## PEDRO KROPOTKIN.—

"Palabras de un Rebelde"	" 1.—
"Conferencias. I). El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno"	" 0.50
Encuadernado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10

## LUIS FABBRI.—

"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	" 0.20

## C. LOMBROSO y R. MELLA.—

"Los anarquistas" (Estudio y réplica)	" 1.—
---------------------------------------	-------

## NIDO, ROCKER y NEMO.—

"Nacionalismo y anarquismo"	" 0.20
-----------------------------	--------

## SEBASTIAN FAURE.—

"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Temas Subversivos"	" 1.50

También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La opresión parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

## J. DEJACQUE.—

"El Humanisterio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	" 0.50
---	--------

## WILLIAM MORRIS.—

"Noticias de ninguna parte"	" 1.—
-----------------------------	-------

## NICOLAI GOGOL.—

"Almas Muertas" (2-tomos)	\$ 2.—
---------------------------	--------

## ELISEO RECLUS.—

"A mi hermano el campesino"	" 0.10
"La anarquía y la iglesia"	" 0.10

## JUAN CRUSAO.—

"Carta Gaucha". 7.ª edición	" 0.10
-----------------------------	--------

## D. A. DE SANTILLAN.—

"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo	" 0.10
---	--------

## AGUSTIN SOUCHY.—

"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920)	" 0.30
---	--------

## S. RADOWITZKY.—

"La voz de mi conciencia"	" 0.10
---------------------------	--------

## VARIOS.—

"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.ª edición, encuadernado en tela	" 2.—
--	-------

## ANSELMO LORENZO.—

"El derecho a la evolución"	" 0.10
-----------------------------	--------

## ANA M. MOZZONI.—

"A las hijas del pueblo"	" 0.10
--------------------------	--------

## JOHANN MOST.—

"La Peste Religiosa"	" 0.10
----------------------	--------